

2,50 € - Argentina: $4.30 - México: $14.00

Jane Porter

MATRIMONIO SIN AMOR

Matrimonio sin Amor

Jane Porter

Matrimonio sin Amor (26.03.2003)
Título Original: The Secretary's Seduction (2002)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1396
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Morgan Grady y Winnie Graham

Argumento:

De secretaria responsable... a mujer tentadora.

El guapísimo empresario Morgan Grady acababa de ser elegido hombre del año por una revista, pero él estaba deseando alejarse de la prensa, así que decidió que era el momento de buscar esposa. Así que el soltero más codiciado de Nueva York le pidió matrimonio a la única mujer en la que estaba seguro que podía confiar: su secretaria Winnie Graham.

Una vez solos en aquella maravillosa isla, Morgan descubrió que el exterior recatado de Winnie escondía una verdadera tormenta de deseo. Fue entonces cuando estalló la pasión contenida durante tanto tiempo. Morgan deseaba a Winnie... pero no esperaba tener que comprometerse.

Capítulo 1

HACÍA un calor sofocante. Nadie, absoluta mente nadie se casaba a mediados de julio en Manhattan. Nadie, excepto Winnie Graham.

El organista hizo una pausa y los cuatrocientos cincuenta asistentes a la catedral de St. Paul se pusieron de pie al unísono y se volvieron para mirar a Winnie que se encontraba al fondo de la iglesia, ataviada con un vestido de novia de seda valorado en veinte mil dólares.

Un vestido de novia blanco. Blanco como las ligas, las medias de

seda, las flores blancas, la alfombra blanca. Blanco, blanco, todo blanco para una novia virginal.

Una novia virgen de veinticinco años que sabía tan poco de la vida y de los hombres y que estaba a punto de llegar al altar sin siquiera haber recibido un beso de amor.

Bueno, una vez la habían besado, cuando estaba en el instituto. El beso de Rufus Jones, un compañero de clase, prácticamente la había ahogado. Pero eso no contaba.

Y en ese momento iba a casarse con el amor de su vida, salvo que él no la amaba y que nunca la había besado. Ella había firmado un contrato en el que aceptaba esa horrible boda convencional que para él no significaba nada.

Por el amor a Dios, ¿en qué estaría pensando cuando lo hizo?

¿Cómo podía convertirse en su esposa si ni siquiera habían tenido una cita romántica?

Winnie cerró los ojos, respiró a fondo e intentó calmarse. Pero no podía. Temblaba de tal manera que le castañeteaban los dientes. Sin embargo, el sudor le cubría la piel, el corazón le latía acelerada mente y le faltaba el aire.

Qué estúpida había sido. Una perfecta idiota.

Sí, amaba a Morgan Grady. Sí, estaba locamente enamorada de él. Pero, ¿cómo pudo venderse de esa manera? ¿Cómo pudo haber firmado un contrato para convertirse en su esposa?

¿Cómo podía amarlo tanto y tan poco a sí misma?

El organista tocaba con fervor, la música llenaba el ámbito de la catedral y cuatrocientas cincuenta personas esperaban que diera el primer paso adelante.

De pronto empezó a girarle la cabeza. La gente se convirtió en una mancha borrosa inmersa en un ruido blanco y sofocante. Había tanta gente y hacía tanto calor. Winnie sintió que se sofocaba. No podía respirar. No podía pensar. Y todos esperaban que se moviera. También Morgan esperaba que diera ese primer paso.

Y así lo hizo. Dio un primer paso, pero hacia la calle. Antes de echar a correr, dejó caer el ramo de rosas, lilas y orquídeas en el fresco vestíbulo de la catedral. Luego se precipitó hacia las puertas, bajó la amplia escalinata de mármol e hizo parar al primer taxi que pasaba por allí.

Capítulo 2

A DÓNDE vamos? —preguntó el sudoroso taxista mientras estiraba el cuello para echar una mirada a la joven sentada en el asiento

trasero. Su atavío de ondulante seda blanca se parecía a las inmensas velas desplegadas de una goleta del siglo XVIII.

El interior del vehículo olía a sudor rancio y Winnie sintió náuseas. Rápidamente bajó la ventanilla, pero el aire caliente del exterior no ayudó a despejarla.

—A cualquier parte.

—Tiene que decirme dónde quiere ir, señorita.

¿Adónde ir, después de haber abandonado a su familia, a Morgan y a la multitud de invitados?

Tenía que refugiarse en alguna parte donde nadie pudiera encontrarla.

De pronto recordó su oficina.

—A la Torre, en Wall Street —dijo, al tiempo que se reclinaba en el asiento.

Era sábado; la oficina estaría desierta, y ni siquiera a Morgan se le ocurriría buscarla allí.

Con lo ojos cerrados, se reclinó en el asiento e intentó olvidar que había huido de su propia boda y que ella, Winnie Graham, había dejado a Morgan

Grady, el soltero más sexy de Nueva York, esperándola en el altar.

De pronto, su mente se llenó de imágenes y empezó a recordar cómo había sucedido.

Incluso recordó el día, la hora, el momento en que su vida había cambiado.

Dieciséis de junio. La oficina. Su inseguridad.

—Willa, necesito de inmediato copias de estos documentos y un fax para el cliente que aparece en la cubierta de la carpeta —dijo Morgan Grady, sin alzar la vista, al tiempo que empujaba hacia ella un montón de papeles que había sobre la mesa de su despacho.

A Winnie se le hundió el corazón. Hacía cinco meses y medio que trabajaba para él y todavía no sabía su nombre.

—Winnie —corrigió con voz débil y las mejillas arreboladas.

—¿Qué?

A ella nunca le había gustado su nombre. Pero si Winnie era feo, Willa era mucho peor.

Varias veces había tenido que corregirle el nombre, pero siempre cuando él entraba o salía, o en medio de algo importante, así que optaba por perdonarlo.

Pero después de todo ese tiempo, las excusas se habían agotado. No podía continuar siendo un ser invisible para él. Era hora de actuar.

Winnie respiró a fondo.

—Me ha llamado Willa.

Concentrado en lo que hacía, él ni siquiera la miró.

Winnie sintió que el elástico de los panties la estaba matando. Ese

invierno había engordado un par de kilos y le costaba mucho bajarlos. Lo peor de todo era que el hecho de que el señor Grady ignorara su existencia hería su amor propio, en tanto que se suponía que ella debía saberlo todo sobre él.

Morgan Louis Grady. Nacido el uno de agosto en Boston, Massachusetts.

Todos los días leía la sección económica de cuatro periódicos entre las seis y siete de la mañana. Durante ese tiempo tomaba exactamente dos tazas y media de un café negro y fuerte. No comía nada hasta el almuerzo que consistía en una ensalada ligera y pollo del menú que repartía un servicio de catering en las oficinas. Almorzaba en su despacho. Luego trabajaba sin interrupción hasta las tres de la tarde, cuando ella le llevaba otro café.

El señor Grady era muy alto, esbelto, de abundante cabello oscuro, liso y bien cortado. Siempre iba impecablemente bien vestido.

Ella sabía todo eso, incluso sus medidas físicas; pero él ignoraba hasta su nombre.

Winnie volvió a respirar a fondo.

—Señor Grady, mi nombre no es Willa, es Winnie. Winnie Graham y llevo aquí desde el dos de enero.

Grady levantó la cabeza.

—Vaya...

Ella se enderezó y cuadró los hombros para parecer más alta.

—Sustituyo a la señorita Dirkle, que a su vez sustituyó a la señorita Hunts y ella a la señorita Amadio.

—Sí, las señoritas Dirkle y Hunts. Sí, las recuerdo.

Bueno, al menos ya era algo. Reconocía algunos nombres, se había establecido el contacto visual y al parecer la escuchaba.

Bueno, había llegado el momento de mencionar lo del viernes.

Faltaban cuatro días para su entrevista con una empresa de Charleston. Había enviado una solicitud de trabajo como secretaria ejecutiva, el mismo puesto que desempeñaba en la empresa de Grady. El sueldo y las responsabilidades laborales se equiparaban, con la diferencia de que Charleston no se podía comparar a Manhattan en cuanto al coste de la vida. Además trabajaría para un señor mayor, de unos sesenta años y muy amable.

—Respecto al viernes, señor Grady...

—¿Qué pasa el viernes?

—Le envié un memo.

—No me acuerdo.

Había momentos en que ella se preguntaba cómo podía ser el hombre de negocios más joven, más inteligente y más emprendedor de Nueva York. Todo el mundo afirmaba que era brillante. La prensa se interesaba por su empresa financiera más que por cualquier otra de

Wall Street. A menudo aparecían artículos en los periódicos acerca de su capacidad de liderato, perspicacia e intuición; pero él no hacía el menor despliegue de esos talentos con su propia secretaria.

Completamente ruborizada, Winnie se llevó los documentos al pecho.

—Hace dos semanas le dejé un memo y luego un mensaje por correo electrónico. En ambos solicitaba permiso para ausentarme el viernes.

Grady negó con la cabeza.

—Lo siento. El viernes es mal día. No puede ser. ¿Por qué no espera un poco más? Podría ser cualquier otro día, más avanzado el verano —dijo con la mirada puesta en la mesa, y levantando el teléfono.

Muy malo. No solo se había negado, sino que ya no le prestaba atención. Habían hablado veinte segundos y ya se había olvidado de ella.

Winnie le lanzó una mirada furibunda mientras luchaba contra las lágrimas que empañaban sus ojos. ¿Qué tenía ese hombre en la cabeza?

El año anterior lo habían elegido El Soltero Más Deseable De Wall Street, y seis meses antes, El Soltero Más Sexy De Nueva York. Mujeres de sociedad, modelos, actrices, esposas de otros hombres… todas lo querían.

Incluso ella.

Intentó estudiarlo objetivamente aunque no había nada objetivo en sus sentimientos hacia él.

Tenía una nariz grande y recta, con una pequeña prominencia en el puente; ojos azules muy serios, la barbilla y boca mejor dibujadas de Nueva York. Corrección: El rostro más perfecto de todo Nueva York.

Manhattan era el lugar de la gente hermosa y él era el más apuesto de todos.

Sin embargo, ella ya no podía manejar la situación. Ya no podía soportar ser «un don nadie». Pronto se marcharía a otro puesto de trabajo más tranquilo, con un jefe de cabello blanco y gafas bifocales.

—Puedo enviarle otro memo, señor Grady.

El negó con la cabeza, colgó el teléfono y de inmediato empezó a llamar otra vez, sin prestarle atención.

—No vale la pena. El viernes no es un buen día —dijo al tiempo que cortaba la comunicación.

—Pero se lo pedí hace dos semanas —Winnie sintió que le fallaba la voz, pero se recobró de inmediato—. Y usted no me negó el permiso.

—No dije nada.

—Exactamente.
—Un silencio no es un sí.
—Pero,...Señor Grady... —
El alzó la vista bruscamente.
—¿Es una urgencia familiar?
—No.
—¿Algún familiar fallecido?
—No.
—¿Algún amigo o colega fallecido?
—Ninguna muerte. Asuntos personales.
En ese momento la miraba fijamente. El matiz de los hermosos ojos azules era más índigo que zafiro. Cuando le clavaba los ojos de ese modo ella podría jurar que su mirada la traspasaba. Literalmente. Estaba segura de que en ese instante, a través de ella, veía el reloj de la pared y el imaginativo cuadro de Chagall.
—Asuntos personales —repitió suavemente, con el ceño fruncido. Todavía la miraba, estrechando ligeramente los ojos—. El viernes...
—Sí, señor.
—El día de la junta de accionistas.
Winnie sintió una incómoda onda de calor ante la intensidad del escrutinio.
—Tengo alguien que puede sustituirme. Una persona altamente cualificada.
—No. Lo siento —dijo al tiempo que volvía a marcar un número de teléfono—. ¿Puede ocuparse inmediatamente de los faxes que le pedí, Winnie? —requirió. Ella dio media vuelta—. No olvide cerrar la puerta, por favor.
Winnie alcanzó el pomo de la puerta y la chaqueta de tweed se le abrió un poco dejando a la vista la severa blusa color crema con el cuello de grandes picos. Un traje de chaqueta con una blusa que no le sentaba bien no era nada apropiado para el pesado calor de junio, pero había que acatar las disposiciones de la empresa.
A Morgan Grady no le pasó desapercibido el leve temblor de la mano de la joven y su expresión irritada cuando salió del despacho.
Bueno, ya eran dos.
El señor Grady sabía exactamente por qué ella quería librar ese viernes y eso lo ponía furioso.
La señorita Graham, su tranquila y modesta secretaria, tenía una entrevista de trabajo programada para ese día, en Carolina del Sur. Su ayudante buscaba otro trabajo cuando más se la necesitaba en la empresa. Cuando él la necesitaba allí.
Últimamente, la prensa se dedicaba a hurgar en su pasado, en busca de algo novedoso. Hacían llamadas, seguían pistas con la intención de averiguar si Morgan Grady era realmente el personaje de

cuento de hadas que parecía ser.

Morgan sonrió, con expresión lúgubre. ¿Una vida de cuento de hadas? No del todo. Pero los detalles de su pasado solo le pertenecían a él e, incluso actualmente, veinticinco años tras su adopción, aún sufría el estigma de provenir de un barrio humilde como el de Roxbury en lugar de la lujosa zona de Beacon Hill.

Morgan pensó en ese instante que los Grady eran santos. Desde el principio habían sabido quién era, de dónde venía y no obstante lo habían aceptado. Lo habían convertido en uno de ellos. Le habían dado su nombre, su amor, su seguridad, y había sido maravilloso. Pero últimamente el foco de luz sobre él se intensificaba y el calor se hacía insoportable. No se avergonzaba de su pasado, pero no deseaba que Big Mike se aprovechara o saboreara el éxito de su hijo.

Por lo tanto, la única manera de hacer juegos malabares para evitar las presiones personales y profesionales era controlar las emociones, concentrarse y mantener un riguroso programa de actividades.

Y nadie mejor que Winnie Graham para mantenerlo atento a su trabajo.

Ella era una excelente profesional. Era la mejor secretaria que había tenido y, tras media docena de ayudantes en menos de un año, quería mantenerla junto a él.

Durante un segundo, Morgan consideró la posibilidad de volver a llamarla a su despacho. Pero, ¿qué le iba a decir? «Sé que anda en busca de trabajo, pero yo no quiero que se vaya». No, absolutamente no.

Él era el jefe y ella su secretaria ejecutiva. El tomaba las decisiones y ella hacía que se cumplieran.

Con gran impaciencia volvió a marcar un número de teléfono mientras sentía los efectos de la enorme presión a la que se veía sometido durante meses. El volumen de los negocios había aumentado considerablemente durante el año anterior. El ritmo de trabajo era enloquecedor. El volumen y el monto económico de las transacciones era tan impresionante que a veces hasta llegaba a asustarlo.

No, Winnie Graham no podía marcharse. El la necesitaba. Dependía de ella. ¿Concederle ese viernes? No, de ninguna manera.

De vuelta a su mesa de trabajo, Winnie copió y envió por fax los documentos que el señor Grady le había entregado tras sacarlos del correo electrónico acumulado durante la tarde.

Automáticamente, Winnie contestó las cartas más urgentes del correo y luego imprimió las que necesitaba, con la mente puesta en otra parte.

No podía perder la entrevista. No, no lo haría.

Ese viernes su presencia no era indispensable en la oficina. Grady, la empresa inversora para la que trabajaba, estaba formada por un equipo de diecisiete personas, que incluían analistas y dos secretarias comerciales. Por lo tanto, ese viernes cualquier compañera podría tomar notas, servir café y mantener una amable sonrisa. Además lo haría encantada, porque todas estaban enamoradas de Morgan Grady.

Incluso Winnie Graham.

Al fin fue capaz de admitir la auténtica razón por la que no podía quedarse más en la empresa: no podía seguir permitiendo que le pisotearan el corazón. Era hora de pensar en la auto conservación.

En ese momento sintió ruidos en el estómago. Acababa de empezar una nueva dieta y todavía no se acostumbraba a trabajar desde el almuerzo hasta la cena sin sus acostumbradas galletas de la tarde. Necesitaba aire fresco y una bebida muy fría.

Antes de salir, sacó el billetero del cajón superior de la mesa y luego se dirigió al ascensor que la llevó hasta la planta cuarenta y dos. Más tarde, el elevador la dejó en el vestíbulo en menos de diez segundos.

Sí, deseaba un trabajo con un horario decente, beneficios sólidos y un jefe de edad para poder volver a dormir por las noches.

Ya en la calle, Winnie sintió de golpe el calor y el ruido mientras se dirigía al puesto de perritos calientes de la esquina.

Allí compró una bebida gaseosa y de vuelta a la oficina echó una mirada a la Torre. Era media tarde y los rascacielos de Manhattan habían reducido la luz a pequeñas franjas de sol y sombra sobre la acera.

Cuando anunció a su familia que se iba a trabajar a Nueva York le predijeron que no sobreviviría ni un mes. Sin embargo, llevaba allí más de cuatro años.

Particularmente no deseaba marcharse de Manhattan, pero necesitaba distanciarse de Morgan y de sus propias fantasías escandalosas. Por las noches soñaba con él una y otra vez y eso hacía que la realidad fuese aún peor.

Morgan Grady nunca se fijaría en ella. El salía con mujeres de la sociedad, no con secretarias gordinflonas que tartamudeaban cuando se sentían nerviosas.

La puerta giratoria de la entrada del edificio dio paso a una mujer que Winnie conocía como Tiffany y que se reunió con ella en la acera delante del edificio. Era rubia, alta y esbelta.

—Me quedan solo tres horas más —dijo al tiempo que encendía un cigarrillo.

Winnie sintió un aguijonazo de envidia.

—¿Te marchas a las cinco?

—La mayoría de las veces, si tengo suerte —dijo, con una mirada aburrida—. ¿Dónde trabajas?

—En la planta setenta y ocho. Tiffany arqueó las cejas, muy interesada.

—En la empresa Grady Investments. Repentinamente Winnie no quiso continuar la charla. Las mujeres siempre intentaban hacerse amigas de ella porque pensaban que eso las acercaría a Morgan Grady.

—Sí —respondió, cortante.

—¿Cómo es él? —insistió Tiffany. Winnie se ajustó las gafas.

—¿Quién?

Los labios pintados de rosa dejaron escapar una risita.

—Morgan Grady, tonta. Trabajas en su oficina. Tienes que conocerlo. ¿Cómo es, de verdad?

—Un hombre muy ocupado.

—Desde luego que sí. Es poderoso. Sabemos que domina el mundo de las inversiones y todos prestan mucha atención a sus previsiones bursátiles.

—Muy interesante, ¿verdad? —Winnie forzó una sonrisa.

—Lo que encuentro más sorprendente es que no solo tiene un cerebro brillante, sino que además es maravilloso. No me extraña que dos veces lo hayan elegido El Soltero Más Sexy De Nueva York. De hecho, es más sexy que el pecado. Mataría por un momento a solas con él.

—Y yo tendría que matarme —murmuró Winnie, en un tono ininteligible.

Vivir en torno a Morgan Grady era la experiencia más dolorosa que Winnie había vivido hasta entonces.

Gracias a Dios muy pronto iría a trabajar a otra parte. Y tal vez podría recuperar su autoestima.

—¿Y qué tal es como jefe?

—Hay un libro que se llama Nunca trabajes para un pelmazo. Léelo y luego me darás tu opinión.

Tiffany dejó escapar una risita.

—¿De veras existe ese libro?

—Sí.

—¿Y tú lo tienes?

—No, me lo prestaron, pero voy a comprar uno y te lo dejo.

Tiffany se echó a reír de tan buenas ganas que tuvo que enjugarse los ojos.

—No sabía que eras tan graciosa —dijo en voz muy alta—. ¿Quién lo hubiera creído?

—Sí. ¿Quién lo hubiera creído? —interrumpió una profunda voz masculina que Winnie conocía muy bien—. Es una mujer con muchos talentos ocultos.

A Winnie le flaquearon las piernas.

—¡Señor Grady!

—Su próximo trabajo será el de una cómica bufa —añadió secamente.

Capitulo 3

N O PODÍA ser. No podía estar ahí. No había oído su comentario, ¿verdad?

Muy pálida, Winnie se volvió. Morgan Grady estaba detrás de ella, con una ligera gabardina negra en el brazo, el cabello oscuro casi peinado.

—¿Se marcha, señor Grady? —balbuceó. El la miró con dureza.

—Intentaba localizarla.

—Bajé a comprar una bebida —dijo, sonrojada.

—Ya veo.

Se produjo un momento de tenso silencio entre ellos. Algo que nunca había sucedido antes.

—¿Necesitaba algo?

—No, la llamó una tal señora Fielding. Dijo que era urgente. Dejé el número de teléfono en su mesa.

—Gracias.

—La próxima vez no se olvide de llevar esto —añadió mientras le tendía el pequeño mensáfono.

Winnie se puso muy tensa cuando Morgan le entregó el aparato y sus dedos se rozaron.

Estaba enfadado.

En los cinco meses y medio que trabajaba para él, nunca había mostrado ninguna emoción, pero en ese momento estaba enojado.

Para ocultar su confusión, Winnie colgó su mensáfono en la cintura de la falda mientras Tiffany apagaba el cigarrillo con el tacón del zapato.

—Señor Grady —murmuró con cálida voz, al tiempo que le tendía la mano.

Morgan vaciló y luego esbozó una sonrisa ligeramente burlona. Era una sonrisa que seguramente había practicado para momentos como ese, cuando necesitaba guardar las distancias, sin parecer reservado.

—¿Nos conocemos?

—Nos hemos visto una vez —respondió Tiffany, levemente sonrojada al sentir la mano que estrechaba la suya—. Usted estaba reunido con uno de los socios de la empresa y yo estaba a cargo de la documentación.

—Ah —Morgan sonrió dejando al descubierto una perfecta dentadura mientras mantenía la mano de la secretaria en la suya—. Usted trabaja para Jeff.

—En efecto. El tiene una gran opinión sobre usted. Bueno, todos la tenemos.

En ese momento una limusina negra estacionó junto al bordillo de la acera, y dejó el motor en marcha. Morgan Grady soltó la mano de Tiffany, miró hacia el vehículo y luego se volvió a ella.

—Debo marcharme. Ha sido un placer, señorita...

—Saunders. Tiffany Saunders. Y trabajo para Jeff.

—Sí, en la planta sesenta y tres —Morgan volvió a sonreír y Winnie pudo comprobar por qué las mujeres se derretían en su presencia.

Había algo en su mirada, una intensa energía que hacía que la persona junto a él se sintiera especial, aunque fuera por breves instantes.

Winnie respiró a fondo, con una sensación de dolor en el pecho.

Él nunca la había mirado de ese modo. Ni si quiera era capaz de retener su nombre.

Con un nudo en la garganta deseó con toda su alma no haber trabajado nunca para Morgan Grady.

El señor Grady se puso en movimiento hacia el vehículo sin despedirse. Pero de pronto se detuvo y se devolvió. Hacía calor. El calor bochornoso de Nueva York a finales de junio. El aire era denso y pegajoso, sin embargo él estaba muy elegante con su camisa y traje negros.

Winnie tuvo que preguntarse cómo lo hacía para mantenerse tan fresco e impecable, sin transpirar o fatigarse bajo el calor insoportable.

Tampoco sabía cómo podía predecir los cambios bursátiles del mercado de valore antes de que el mismo mercado supiera lo que iba a suceder ¿Cómo podía hacer juegos malabares en inversiones de billones de dólares sin preocuparse, asustarse o cobrar adicción a algo, a la comida, por ejemplo? No podía saberlo.

En ese momento, el señor Grady la miraba con el ceño ligeramente fruncido en su rostro bronceado.

—¿Está buscando trabajo, señorita Graham?

Era lo último que esperaba oír y Winnie se sintió desfallecer. Buscó un pañuelo en el bolsillo y, al no encontrarlo, aferró el mensáfono en la mano húmeda. Santo cielo. ¿Así que también sabía que buscaba otro empleo? ¿O era otra broma como la de la cómica bufa?

Winnie parpadeó, tragó saliva, las gafas ligeramente empañadas y los pensamientos disparados.

—No —dijo al fin, completamente sonrojada—. Desde luego que no.

El alzó una ceja y la miró con dureza, los labios levemente torcidos.

Ella sintió que le ardían las mejillas, como una niña pequeña sorprendida en falta.

—Desde luego que no —repitió él suavemente, en tono burlón—. La veré más tarde.

—De acuerdo.

Sin más, Morgan subió a la limusina.

Tiffany desapareció silenciosamente en el vestíbulo y Winnie quedó sola en la calle.

Durante un buen rato permaneció inmóvil, con el corazón martilleándole el pecho.

¿Cuáles eran las intenciones del señor Grady?

Finalmente se despojó del miedo, tiró el bote a una papelera y subió a su oficina.

Winnie trabajó hasta la hora del cierre. Cuando hubo terminado la labor del día, apagó el ordenador y más tarde tomó el Metro a su casa.

Al día siguiente, llegó a la oficina a las seis y media de la mañana.

Como siempre fue la primera en llegar, y como siempre encendió las luces, revisó el termostato y preparó café. Luego salió de la sala del personal y fue a los despachos del interior encendiendo las luces a su paso.

Cuando llegó al despacho del señor Grady se heló de espanto.

El jefe ya estaba allí, sentado ante su mesa de trabajo con la puerta entreabierta. Nunca la dejaba así. Era un hombre que prefería la intimidad.

Winnie se quedó inmóvil, mientras lo escuchaba teclear en el ordenador.

Algo no funcionaba. La puerta no debía estar abierta, ni él ante el ordenador. Tenía que estar leyendo los periódicos.

¿Qué había sucedido? ¿Era algo relacionado con la prensa? El día anterior había recibido tres llamadas de los medios de comunicación. ¿O era algo más personal? ¿Tenía algo que ver con ella?

El tecleo se detuvo durante unos segundos. El cerebro le dijo a Winnie que él no se había movido de la mesa, pero ella casi pudo sentirlo a su lado. Y se le erizaron los cabellos.

Tras obligarse a reaccionar, se apresuró a su despacho. Se quitó la chaqueta de verano y la puso en un colgador cerca del archivo.

Cuando acercaba la silla giratoria a la mesa se fijó que había un libro de tapas verdes. No recordaba haber dejado nada allí la tarde anterior. La mesa siempre quedaba absolutamente limpia.

Se acercó un poco más y tomó el libro: Nunca trabajes para un pelmazo. Winnie lo dejó caer como si le quemara los dedos. Era el libro que le había mencionado a Tiffany. Él le había comprado un ejemplar.

La joven se desplomó en la silla giratoria mientras el pulso le latía aceleradamente.

La iba a despedir. Por eso había dejado la puerta entreabierta.

Se suponía que no debía ser así. Era ella la que buscaba un nuevo empleo. Eran sus sentimientos los que habían sido pisoteados.

Y sin embargo, ¿alguna vez la había maltratado? ¿Por qué hizo ese comentario sardónico ante Tiffany? ¿Por qué se permitió traslucir sus emociones?

De pronto, se sintió profundamente avergonzada. El pequeño intercomunicador de su mesa emitió una débil llamada.

—Señorita Graham, me gustaría verla.

—Sí, señor Grady.

El corazón le dio un vuelco. Casi sin fuerzas para moverse, Winnie se puso de pie y se alisó la falda tableada. Era su falda más bonita, la que llevaba cuando quería sentirse muy profesional.

El intercomunicador volvió a sonar.

—No es necesario que traiga el libro, señorita Graham.

Morgan la miró mientras entraba en el despacho. Los ojos de Winnie estaban muy abiertos detrás de las gafas oscuras que resbalaban por la recta nariz.

La joven se sentó al borde de la silla, frente a él, con el cuaderno de notas y el bolígrafo apretados entre las manos.

El hizo un esfuerzo por mostrarse cortés.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Grady.

Morgan se reclinó en su sillón.

—¿Cómo está usted?

Las largas pestañas de Winnie se agitaron tras los cristales.

—Muy bien, gracias —la voz de la secretaria sonaba firme y decidida. Una profesional competente en la que Morgan se había apoyado durante casi seis meses. Winnie tragó saliva—. En cuanto al libro…

—No deseo discutir sobre el libro.

El pulso empezó a latirle rápidamente en la base del cuello.

—¿No?

—No. Sabía que usted quería tenerlo, así que adquirí un ejemplar. Feliz Día de la Secretaria.

—Eso fue en abril, señor Grady.

—Más vale tarde que nunca —Morgan se inclinó hacia adelante, pulsó una tecla del ordenador y examinó la Bolsa europea antes del cierre. Antes de reclinarse en el asiento, echó una ojeada a los valores bursátiles—. Para mí es muy importante confiar en mi personal —dijo tras una pausa, aliviado de poder aparentar una calma que estaba lejos de sentir, especialmente después de haber oído por casualidad el frívolo comentario de Winnie en la calle, el día anterior.

Su secretaria perfecta era un fraude.

Hasta ese momento había pensado en ella como una futura

señorita Robinson, la mejor secretaria que había tenido. La señorita Robinson era ordenada, competente, inteligente y controlada. Siempre iba un paso delante de él, anticipándose a sus necesidades, incluso antes de que él fuera consciente de ellas.

Habían trabajado juntos durante siete años. Hacía dieciocho meses que se había jubilado, antes de la adquisición de la empresa financiera Bradley. Nunca había podido encontrar a alguien como ella, hasta que heredó a Winnie Graham a través de la compra de la Bradley.

Al principio pensó que no le iba a gustar esa señorita Graham que se ocultaba tras unas grandes gafas oscuras. Y nunca habría esperado que alguien que se peinaba con un montón de finas trenzas recogidas en la cabeza fuera tan competente como la señorita Robinson. Pero Winnie Graham no era buena, era excelente. Sería la futura señorita Robinson, la súper secretaria que se anticipaba a sus deseos.

—Desde luego, señor Grady.

—Necesito confiar en usted. Usted tiene total acceso a mi intimidad. Conoce detalles de mí vida personal, de mi familia, de mis finanzas. Si hace comentarios con Tiffany, ¿por qué no podría hacerlos con algún simpático periodista?

Winnie alzó la cabeza y lo miró sin pestañear.

—Simplemente porque no lo haría —dijo, al tiempo que se ajustaba las gafas.

—Pero ayer lo hizo...

—Cometí un error —declaró. Luego se levantó de la silla. Nunca antes le había replicado, interrumpido o contradicho. Su apasionada respuesta los dejó sorprendidos a ambos—. Lo siento, señor Grady. Me sentí muy mal por lo ocurrido. Fue un descuido por mi parte, pero sinceramente no era mi intención...

—¿Esta buscando un nuevo empleo? —preguntó a bocajarro. Winnie abrió la boca, completamente sonrojada, pero no dijo una palabra. «No responde porque no puede», pensó Morgan mientras se balanceaba en el sillón. ¿Cómo había sucedido? ¿En qué momento se había equivocado con ella?—. No importa —añadió brevemente, incapaz de recordar la última vez que se había sentido tan engañado —. Sé que quiere disponer del viernes. Puede tomarse el día libre.

Winnie se desplomó en la silla.

—Por favor, discúlpeme —murmuró, ruborizada—. Sé que usted vale mucho y yo lo admiro por eso.

—Ayer no lo parecía.

—Lo sé, pero no es lo que piensa —dijo entrelazando los dedos—. Tiffany es muy expansiva, todo el personal femenino de la Torre habla con excesiva efusión.... —Winnie respiró a fondo—. Yo no quiero ser como ellas. Yo quería mostrarme…, distante, poco entusiasmada.

—¿Poco entusiasmada?

—Sí, fría —aclaró en voz trémula—. Yo nunca he sido así en mi vida; pero las mujeres siempre me preguntan por usted, mujeres hermosas, encantadoras, y yo me siento insegura frente a ellas. No puedo creer que le esté contando esto, pero es la verdad. Soy una cretina. Lo único que quería era que Tiffany creyera que soy como ella.

—¿Cómo ella?

—Usted sabe, sofisticada.

Hacía años que no oía algo tan lamentable. Su secretaria, increíblemente inteligente y eficaz, quería impresionar a una rubia cabeza hueca como Tiffany, ¿Por qué?

Morgan miró a Winnie detenidamente con la intención de ver más allá de las gafas y de los labios firmemente apretados. Lo que vio fue un rostro ovalado, una frente amplia y una pequeña barbilla redondeada.

—Usted cuenta con mi aprobación —declaró, tras una pausa—. ¿Para qué necesita la de ella?

Winnie no movió un músculo. Su expresión fija tampoco cambió. Su quietud, unida al rubor de las mejillas, le recordó un retrato al óleo de principios de siglo.

—Es una buena pregunta, señor —murmuró, al fin.

—Piénselo —dijo, frustrado, enfadado, y sin saber qué hacer. ¿Debía despedirla? ¿Podría confiar en ella?—. ¿El próximo viernes tiene una entrevista de trabajo?

Ella titubeó durante unos segundos.

—Sí, señor.

Morgan apretó otra tecla del monitor bursátil. La Bolsa había abierto. Las negociaciones iban a empezar.

—Si acepta el empleo, espero que me avise con dos semanas de anticipación.

Winnie miró a lo lejos, por encima del hombro de Morgan vio el ventanal que se hallaba a sus espaldas. Su rostro no expresaba ninguna emoción. Su aspecto era el de la secretaria serena y eficaz que Morgan siempre había conocido.

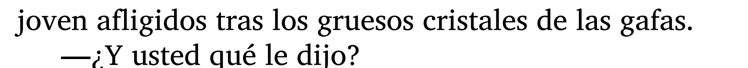
—¿Cómo supo lo de mi entrevista de trabajo?

Morgan sintió un nudo en el estómago. Odiaba el conflicto. Odiaba los recelos. Charlotte había contribuido mucho a ello, y aunque habían pasado quince años desde su traición, todavía había cosas que no podía olvidar.

Pero Morgan no dejó traslucir sus emociones. Hacía muchos años que había aprendido a mantener en silencio su intimidad.

—Llamaron de la oficina del señor Osborne para pedir referencias sobre usted. Hablé con él personalmente.

Winnie alzó la cabeza y sus miradas se encontraron, los ojos de la


joven afligidos tras los gruesos cristales de las gafas.

—¿Y usted qué le dijo?

Él sintió que los labios se le torcían en una especie de sonrisa.

—Que usted era la mejor secretaria que he tenido, demonios.

—Morgan, estoy preocupada por ti y Reed también —la clara dicción de Rose Grady era más vigorosa de lo habitual—. Cada vez que el televisor estás allí. No podemos leer una revista sin que aparezca algún artículo sobre tu persona.

Ya en casa, Morgan había reemplazado el traje por una camiseta y vaqueros.

—¿Así que estás cansada de mi popularidad? —bromeó, al tiempo que se dirigía a la cocina con el móvil pegado a la oreja.

—No es eso lo que quiero decir —rebatió Rose, indignada y Morgan pudo imaginársela con la cejas alzadas—. Sabemos cuán difícil ha sido para ti dejar atrás el pasado y ahora esos periodistas lo están hurgando todo. Literalmente todo, Morgan.

Morgan bebió un largo trago de agua mineral.

—No va a pasar nada —dijo, deseoso de creer en su propio optimismo. Luego se apoyó en la encimera de acero inoxidable de la inmensa y moderna cocina—. Muy pronto los periodistas irán a la caza de otra persona. La gente se cansa pronto de ver siempre las mismas caras en las portadas de las revistas.

—Eso no es todo, Morgan. Hay algo más, y no sé cómo decírtelo; ni siquiera sé si debería hacerlo, pero no quiero que llegue a tus oídos por otros medios.

—Entonces, dímelo.

Se produjo un tenso silencio.

—He visto a Charlotte —dijo Rose, al fin. Morgan se heló.

—¿Qué?

—Charlotte ha venido a casa.

Morgan sintió que le faltaba el aire.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Qué quería? —dijo dejando la botella con tanta fuerza que la hizo bailar sobre la encimera.

—Saber qué has estado haciendo durante todos es tos años.

—¿Y qué le dijiste?

Rose suspiró con impaciencia.

—Le dije que leyera la prensa. La vida de Morgan aparece en todos los periódicos y revistas —dijo. Morgan casi sonrió. Era una respuesta muy propia de Rose—. Dice que cometió un error — continuó ella en tono más apagado, como si le doliera proporcionar esa información—.

Afirmó que quería enmendar las cosas.

—Han pasado quince años.

—Una vez quisiste arreglar las cosas.

—Eso fue hace quince años.

—No, hace cinco años —rebatió Rose.

Morgan movió lentamente la cabeza de un lado a otro, enfadado, sin comprender por qué tenía que suceder en esos momentos de tanta presión, con tanta gente que dependía de él.

—¿Qué aspecto tiene?

—Más hermosa que nunca. Ha madurado muy bien. Es de una belleza clásica. ¿Qué esperabas?

Morgan sintió que se le apretaba el pecho y cerró los ojos. No quería saber nada de eso.

—No quiero verla.

—Entonces no lo hagas.

Morgan quiso reírse de sí mismo. ¿A quién engañaba? Incluso después de quince años de abandono todavía no controlaba la situación.

—Rose..., mamá —dijo al tiempo que se llevaba la mano empuñada a la frente como para luchar contra los temores que muy pocos conocían—, ¿Qué hago? ¿Cómo puedo salir de esto?

—Primero, olvídate de Charlotte; es una mujer inconsecuente —declaró Rose con voz crispada, contenta de hacerse cargo de la situación —. Y segundo, ¡líbrate de la prensa!

—¿Cómo?

—Morgan, eres inteligente. Arrójales un hueso. Regálales una historia que les interese.., y no me refiero a Charlotte.

Capítulo 4

DURANTE el trayecto a la oficina, las palabras del señor Grady todavía resonaban en los oídos de Winnie. «La mejor secretaria que había tenido». Era el mejor cumplido que le habían hecho y, muy lamentable para ella, esas palabras del señor Grady significaban todo para ella.

Winnie achacó al calor la extraña sensación de estar un poco loca, pero la verdad era que no tenía nada que ver con el termómetro.

Cuando salió del Metro, pensó que solo le quedaban dos semanas antes de despedirse definitiva mente de la empresa. «No pienses en eso ahora», se dijo.

Cuando oyó los pasos del señor Grady que entraba en la oficina, el corazón le dio un vuelco, como siempre.

¿Por qué lo amaba tanto? Ella solía observar sus ojos, la boca, la barbilla, todos los rasgos perfectamente modelados; pero su interés tenía menos que ver con la perfección física que con la intensidad que había en su interior.

Había algo en él. Algo profundo, mucho más complejo de lo que él se permitía revelar. ¿Pero qué era?

—Buenos días, Winnie.

—Buenos días, señor Grady —lo saludó con su mejor sonrisa profesional—. El presidente del banco Shipley acaba de llamar. ¿Le digo que espere un minuto?

—No, todavía no. Primero tengo un par de cosas que hacer. Ya le avisaré cuando haya terminado.

—Por supuesto, señor Grady. ¿Necesita algo más?

—No. Y no me pase llamadas.

—Sí, señor Grady.

La puerta del despacho se cerró y Winnie se hundió en su silla con las manos en la cara.

«Sí, señor Grady. No, señor Grady». Parecía una perfecta idiota.

«Necesitas interesarte por algo más que Morgan Grady. Deja de esperar que algo bueno suceda».

De repente los ojos se le llenaron lágrimas, ridículas lágrimas que nada tenían que ver con el trabajo, pero mucho con el anhelo de tantas cosas que no sabía cómo lograr.

Cuando las lágrimas empezaron a fluir, ya no hubo modo de parar el llanto. De improviso se encontró llorando al recordar que era la segunda de tres hermanas y la única nada espectacular. Alexis y Megan eran asombrosas, con mucho talento y muy populares. A diferencia de Winnie a quien nadie invitaba, ellas nunca se perdieron

un baile del instituto.

Nunca había sido hermosa o especial. Sí, las lágrimas tenían su porqué. Era duro ser una chica del montón mientras el mundo apostaba por el estilo y la belleza.

Como el llanto no paraba, a pesar de que Winnie creía firmemente que en el trabajo no se lloraba, tuvo que sacar un pañuelo de papel de la caja, sonarse la nariz y quitarse las gafas para limpiarse los ojos.

—¿Se encuentra bien?

Era el señor Grady. No lo había oído acercarse.

Winnie luchó para ocultar las lágrimas y rápidamente tiró el pañuelo a la papelera.

—Sí, señor Grady. Estoy muy bien.

La mirada escéptica del jefe recorrió su cara. Ella sabía que, a diferencia de algunas mujeres que se veían bonitas cuando lloraban, ella era un desastre. La nariz se le ponía brillante y los ojos se le enrojecían.

Intentó sonreír, pero fue imposible.

—Usted está muy triste. ¿Quiere irse a casa? ¿O almorzar más temprano?

—Oh, no. Ni siquiera son las nueve y media, señor. No es nada, es..., es...

—¿Qué es?

—He cometido un error.

—Con toda seguridad se puede solucionar.

—No, es demasiado tarde.

—¿Se trata de un pedido? ¿Una transacción comercial? —preguntó, visiblemente confundido.

—No, se trata de mi trabajo, de este y el de Charleston. No sé qué debo hacer —dijo al tiempo que intentaba ajustarse las gafas que, con las prisas, se le habían quedado en mitad de la nariz. Sabía que había perdido la compostura frente a él y eso la hacía sentirse peor—. Lo siento. Ahora estoy bien. Tenía algo en el ojo —añadió mientras intentaba calmarse.

—Ese algo son lágrimas, Winnie —observó, con sorprendente amabilidad.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Sí, tiene razón. Ahora estoy bien. Por favor, vuelva a su despacho y olvide el incidente.

—No es fácil.

—Pero se puede lograr, señor —dijo, volviéndose a la pantalla del ordenador con la esperanza de que él desapareciera.

Pero Morgan no se movió. Siguió allí, de pie ante la mesa. Alto, el sólido cuerpo enfundado en un elegante traje de diseño italiano. Ella podía sentir su fragancia mientras alzaba lentamente la mirada a la

camisa blanca, a la elegante corbata negra y gris, al mentón cuadrado y a los labios impresionantes.

Otra vez se descubría soñando,... cómo la noche pasada.

La noche pasada había soñado que paseaba por Manhattan, sentada en el asiento trasero de la lujosa limusina negra de Morgan. Llevaba un vestido de vaporosa seda y se besaban apasionadamente. El le acariciaba un pecho y ella gemía, con una sed siempre insatisfecha de su boca y de sus caricias. En el sueño no era la pesada Winnie de siempre, sino alguien excitante, inteligente, divertida y hermosa. Pero, como siempre, llegó el amanecer y se arrastró al cuarto de baño en busca de una ducha que la obligara a volver a la realidad.

Y él todavía estaba allí. Winnie no sabía qué quería, qué esperaba.

—¿Necesita algo, señor Grady?

La miraba de un modo extraño, con el ceño fruncido. Como si no fuera ella, sino otra persona. Un mechón de pelo le caía sobre la frente.

—Sí, quiero saber algo más acerca del empleo en Charleston. ¿Por qué le interesa?

—Para cambiar —respondió con la voz enronquecida, al tiempo que deseaba ser otra persona, alguien con estilo, con gracia, alguien por quien los hombres se pelearan. Aunque ella no quería a los hombres, quería solo a uno. Morgan.

Bruscamente abrió el cajón del escritorio en busca de un clip que no necesitaba. Lo hacía solo para ocultar los ojos que volvían a llenarse de lágrimas. «Despierta, Winnie. Tú no eres su tipo de mujer».

—¿Pero a usted le gusta Nueva York?

Ella tragó saliva. Claro que le gustaba. El vivía allí.

—Sí, señor Grady.

—Por lo tanto el problema está aquí, en la oficina. Winnie sintió que le faltaba el aire.

—Sí.

Morgan frunció más el ceño.

—¿No le gusta trabajar para mí?

Gustar no era el término, adecuado. A ella le en cantaba trabajar con él, pero odiaba ser invisible para él. No quería ser su secretaria. Se moría por ser su amante.

Winnie inclinó la cabeza.

—Yo...

—Entonces se trata de mí —repitió Morgan.

—No —replicó con vehemencia, levantando bruscamente la cabeza. Tenía que darle alguna razón, la que fuera, para solucionar el lío en que se había metido.

—No se trata de usted —dijo con voz ronca—. Se trata de mí.

Él movió la cabeza de un lado a otro. En ese instante, las arrugas

junto a la boca se convirtieron en surcos.

—No comprendo.

Los ojos le ardían y las gafas se empañaron. De pronto sintió una urgente necesidad de limpiarse la nariz.

—Estoy enamorada.

Se produjo un pesado silencio.

—¿Es alguien de aquí? ¿De Grady Investments? —preguntó Morgan, al fin. ,

Su voz expresaba una total incredulidad.

—Sí.

El se inclinó sobre la mesa, estaba tan cerca de ella que otra vez pudo sentir su fragancia.

—¿Y él no la ama?

—No, señor. No se interesa por mí.

—¿Está casado?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No.

—¿Se ha sobrepasado con usted?

Winnie se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—No, no es eso. El problema es que él no sabe que existo, en cambio yo... yo...

—¿Usted qué?

—Yo estoy loca por él —confesó desviando la mirada.

—Sí que parece un mal asunto.

—Lo es —dijo ella con voz ronca, casi rota. Pudo sentir que la miraba con simpatía, pero ella no quería eso—. Es la razón por la que empecé a buscar otro empleo. Sabía que esto no iba a funcionar y que necesitaba un cambio. Pensé que sería prudente poner distancia entre nosotros.

El señor Grady parecía preocupado,

—¿Pero si él no lo sabe?

—No importa si lo sabe o no, yo lo sé. Sé cuando está aquí. Vivo atenta a sus pisadas, a su voz, a todo —dijo y luego se mordió el labio —. Pero es demasiado penoso. No puedo continuar aquí.

El la estudió un largo instante y luego negó con la cabeza.

—Muy bien. Dígame su nombre porque lo voy a despedir.

Winnie casi se cayó de la silla.

—¡Señor Grady!

—No voy a permitir que uno de los miembros más valiosos del personal arruine su carrera.

—Pero usted no puede culparlo.

—No. Pero tampoco me voy a quedar contemplando impasible cómo se marcha porque un tipo le ha partido el corazón. Si no puede soportar venir a la oficina porque el señor Rompecorazones trabaja

aquí, déme su nombre y acabaremos con este asunto.

Winnie no podía creer que hablara en serio.

—Usted no habla en serio.

—Tendrá una excelente indemnización.

—¡Señor Grady!

—Y las mejores referencias.

—No.

—Quiero su nombre.

—No —dijo. En ese momento sonó el teléfono y ella miró el aparato—. Es una llamada del banco Shipley —dijo con el corazón acelerado.

—Su nombre, Winnie.

El teléfono siguió sonando.

—Voy a atender la llamada. ¿Va a ponerse al teléfono o digo que dejen un mensaje?

—Esto no ha terminado, Winnie —dijo Morgan, sin enfado pero con gran decisión.

Luego dio media vuelta y fue a su despacho.

Dos horas más tarde, Morgan partió a una reunión y Winnie suspiró de alivio.

Después de tanta tensión, decidió que necesitaba un descanso y optó por almorzar fuera, en un local a dos manzanas de la oficina.

Pero ni siquiera la deliciosa comida pudo borrar su aflicción. El trabajo y el placer no combinaban bien. Muchas carreras se habían destruido a causa de romances de oficina. Sería desastroso para ella permanecer más tiempo en Grady Investments. Lentamente regresó al edificio de la Torre.

Winnie se detuvo ante uno de los cristales de la parte delantera del edificio. Al ver su figura reflejada en el cristal, sintió odio hacia sí misma. Lo que veía no tenía nada que ver con su interior.

—Porque en su interior era locamente apasionada y valiente hasta el atrevimiento. Nadie la conocía por dentro. Nadie conocía su parte divertida, aventurera, emprendedora. No, eso estaba oculto en su interior desde el día que decidió que, si no iba a ser popular, sexy y elegante, al menos se haría respetar.

Respeto. ¡Bah! Eso estaba bien para matriarcas de setenta años, no para una muchacha de veinticinco. No tenía vida social, ni citas, ni romances. Era una virgen insatisfecha. Necesitaba una experiencia que cambiara su vida.

Sus altos tacones resonaron en el vestíbulo cuando se dirigía a los ascensores.

Segundos más tarde, se abrió la puerta y la gente salió al vestíbulo. En ese momento, Tiffany Saunders le agarró el brazo.

—Hola —saludó como si fueran amigas de toda la vida—. Acabo

de oír las noticias. ¡Arriba debe de haber un barullo impresionante!

—¿Qué noticias?

—La revista News Weekly ha elegido a Morgan Grady El Hombre del Año. ¿No te parece increíble?

Winnie parpadeó, sin comprender.

—Pero si fue elegido El Hombre Más Sexy...

—No, no, acaba de suceder. Lo he oído en la radio. El vestíbulo está lleno de periodistas y van a subir a tu oficina. ¿No lo sabías?

Winnie sintió que se le secaba la garganta.

—No, estaba almorzando —dijo antes de entrar precipitadamente en el elevador.

Tras salir del ascensor en la planta setenta y ocho, tuvo que abrirse paso casi a codazos entre la multitud de periodistas que rodeaban la mesa de la recepcionista.

—Gracias a Dios que has llegado —dijo la joven, muy nerviosa—. No se quieren marchar y cada vez llegan más. Han venido por lo del premio que con cedieron al señor Grady. Los teléfonos no paran de sonar.

—Diles que él no se encuentra aquí —sugirió Winnie, cuando la joven colgó el teléfono.

—Lo hice. Pero dicen que se quedarán a esperarlo. Winnie echó un vistazo a la multitud. Tiffany tenía razón. Seguramente estaban los reporteros de todos los medios de comunicación en el vestíbulo de recepción.

Al ver la expresión alterada de la joven. Winnie sintió un pinchazo en la conciencia. No podía dejar sola a esa pobre chica inexperta frente a la jauría impaciente.

Pobre señor Grady.

Sabía que odiaba enfrentarse a la multitud. Nunca había buscado a los medios de comunicación. Habitualmente se negaba a conceder entrevistas, evitaba los eventos sociales y hacía donaciones anónimas en lugar de asistir a fiestas organizadas por instituciones benéficas.

Durante los últimos seis meses había sido testigo del modo en que los medios de comunicación lo perseguían por doquier. Incluso la semana anterior, un reportero se introdujo en el lavabo de caballeros en busca de una primicia.

Morgan Grady era un hombre perseguido.

Winnie se sintió invadida por una mezcla de compasión y lealtad hacia él.

Repentinamente se llevó dos dedos a la boca y emitió un potente silbido que silenció a la multitud.

—Gracias —dijo ella enérgicamente—. ¿Puedo hacer algo para ayudarlos o han venido a solicitar un empleo?

Muchos se rieron a regañadientes.

—¿Morgan Grady está aquí? —gritó un reportero.

—No.

—¿Dónde está?

Winnie cruzó los brazos sobre el pecho.

—En una conferencia.

—¿Sabe que el News Weekly lo ha elegido Hombre del Año?

Winnie arqueó las cejas.

—Y usted, ¿qué cree?

El grupo volvió a reír. Otro reportero dio un paso adelante.

—¿A qué hora volverá?

—No antes de que ustedes se hayan marchado. Esa vez sí que la multitud se echó a reír con ganas. Winnie también sonrió al darse cuenta de que gran parte de la tensión finalmente se había disipado. Por primera vez en muchos días sintió que actuaba con propiedad.

Justo en ese instante, con el rabillo del ojo vio que se abrían las puertas del elevador y que dentro de la cabina de cristal se hallaba Morgan Grady.

El corazón se le hundió. La mirada de Morgan se mantuvo fija en ella. La sonrisa de la joven se apagó mientras sentía un intenso anhelo de él.

Winnie hizo un gesto de negación con la cabeza, tan imperceptible que solo Morgan lo notó.

El señor Grady permaneció dentro del elevador y las puertas se cerraron silenciosamente.

Había logrado escapar.

Capítulo 5

S E HABÍA escapado.

Morgan entró en su piso de la Quinta Avenida y cerró la puerta tras él.

En el vestíbulo había una gran cantidad de ramos de flores con sus respectivas tarjetas.

Era irónico que ese día, importante para él, lo dejara tan frío. Odiaba el barullo y no sabía asumir el éxito.

En ese momento el teléfono empezó a sonar y cuando iba hacia el aparato oyó que el señor Foley, su mayordomo, atendía la llamada. Desde entonces, el teléfono no paró.

Morgan cerró los ojos y se llevó la mano empuñada a la frente. Deseaba estar en cualquier otra parte, menos ahí.

Al poco rato, el señor Foley apareció en el umbral de la puerta del salón. Llevaba un traje negro, camisa corbata negra; todo muy formal.

—Enhorabuena, señor. ¿Desea tomar algo? ¿Tal vez champán para celebrar?

—Gracias, señor Foley. Prefiero un gin tonic —dijo con un gesto de asentimiento en lugar de la sonrisa que no pudo esbozar.

Se sentía completamente solo; no solitario, pensó mientras miraba la profusión de flores y tarjetas de felicitación.

No era un playboy sofisticado, ni tampoco el Genio de Wall Street y odiaba el culto a la personalidad. El Morgan Grady que glorificaban los medios de comunicación no existía.

Si se escarbaba un poco bajo la brillante superficie, los diplomas, la vida social, los elegantes trajes italianos hechos a la medida, aparecía Morgan O'Connell, el chico terrible del Gran Mike. Un muchachito tan desesperado por escapar de la pobreza que hacía todo tipo de pequeños trabajos para salir de la calle del populoso barrio en que vivía.

Enrollaba periódicos a las cuatro de la mañana, los repartía en la bicicleta a las seis y por la tarde iba a cobrar su trabajo a los barrios acomodados.

Cuando terminaba, recogía botes de gaseosa y luego recortaba el césped del jardín de 1as casas de otros barrios.

Hacía de todo para conseguir unos dólares. Hacía de todo para escapar de la decrépita vivienda que llamaban hogar. De todo para librarse de la mezquindad del Gran Mike y de la fuerza de sus puños.

Los Grady lo ayudaron a salir del viejo vecindario, y en la actualidad tenía dinero más que suficiente para asegurarse la vida. Pese a todo, todavía no experimentaba la sensación de triunfo, de ser

el autor de sus logros. Y el trabajo, que siempre había sido su refugio, se había convertido en una pesadilla. ¿Cómo iba a continuar así? ¿Cómo podía fingir ser lo que no era?

Tendido en la cama, con los ojos cerrados, vio una mancha oscura que de pronto se convirtió en el tatuaje negro y verde del brazo del Gran Mike. ¿Le gustaría a la prensa saber que Morgan Grady en realidad era Morgan O'Connell del barrio de Roxbury y no de Beacon Hill?

Charlotte lo había descubierto y miren lo que había sucedido. No lo había abandonado. Había escapado.

Morgan no podía seguir así. Rose había sugerido que lanzara un hueso a la jauría de la prensa. Que les regalara una historia...

Morgan Grady contrae matrimonio. Nunca más sería el sexy Morgan Grady, solo un marido aburrido.

Sí, se casaría, huiría de la jauría, volvería a ser un tipo común y corriente.

De pronto, en medio de la angustia y de la tensión, se le vino a la mente la mujer perfecta. La mujer más sensata y práctica; la que sabía manejar a la prensa, la que organizaba su agenda diaria, la que ya conocía sus manías y debilidades. La secretaria perfecta. Winnie.

Finalmente, Winnie acudió a la entrevista concertada con la empresa Osborne Manufacturing. No le pareció oportuno cancelarla a última hora porque pensó que sería inteligente dejar una vía abierta por si era necesario. El señor Osborne resultó ser una amable persona, pero Winnie decidió que la vida que deseaba no estaba en Charleston. La vida deseada estaba en Manhattan, en Wall Street. El solo recuerdo de Morgan Grady le aceleró el corazón.

En el último vuelo de Charleston a Nueva York, ya en el avión, Winnie se quitó las horquillas que sujetaban el moño y la espesa cabellera cayó de golpe más abajo de los hombros.

Tras el aterrizaje, cruzó la Terminal con el resto de los pasajeros.

Cuando salió a la calle en busca de un taxi, notó el cansancio que sentía.

—¿Quieres que te lleve?

Era él. Winnie entrecerró los ojos mientras pensaba que nunca se cansaría de oír esa voz. Casi sin aliento se volvió a mirarlo.

—Hola, Morg..., señor Grady —se corrigió apresuradamente.

El esbozó una sonrisa.

—Hola, Willa.

—Winnie.

—Ya lo sé —respondió con una abierta, sonrisa, al tiempo que se colgaba en el hombro el bolso de viaje de Winnie—. ¿Cómo te fue en la entrevista?

—Muy bien —dijo, con el ceño fruncido—. ¿Qué hace aquí? ¿No

tenía que estar en la junta de accionistas?

—La cancelé —dijo, con expresión decidida—. Te estaba esperando en la puerta de salida, pero no pude localizarte. Ahí viene mi coche. Hablaremos por el camino.

—¿Camino a dónde?

—A cenar.

Winnie pensó que nada tenía sentido en ese momento Además del cansancio, estaba desarreglada. El pelo suelto, el traje arrugado, los pies doloridos. ¿Y pretendía llevarla a cenar de inmediato?

Muchas veces había fantaseado con la idea de cenar junto a él, pero de un modo totalmente distinto. En su fantasía aparecía fresca, relajada, elegante mente vestida, y... controlada.

Morgan abrió la puerta trasera de la limusina.

—Entra. No quiero perder la reserva de la mesa.

Winnie le lanzó una mirada afligida antes de acomodarse en el lujoso vehículo.

Cuando el coche se puso en movimiento, Morgan le entregó un ramo de rosas rojas, atadas con una cinta de seda color púrpura.

Nunca antes le había regalado flores. Ni siquiera el Día de la Secretaria.

Winnie siempre había soñado con un detalle como aquel, pero en ese instante lo consideró inoportuno. Pensó que las flores y la cena formaban parte de un romance, nunca de un negocio. Y sabía que la razón de aquellas delicadezas era puramente profesional.

Morgan quería que retornara a la empresa. Estaba decidido a hacerla volver.

—¿Te ofreció el puesto? —preguntó en un tono que, en la penumbra del coche, Winnie percibió alterado.

La joven alzó bruscamente la cabeza y sus mira das se encontraron.

—Sí.

—¿Y tú lo aceptaste?

—No todavía —respondió mientras sentía la suave fragancia del hombre sentado junto a ella.

—Qué bien, porque te voy a proponer algo.

—¿Qué?

—Te lo diré en el restaurante. Solo te pido que cuando lo haga mantengas tu mente libre de prejuicios.

¿Qué quería decir? Nerviosa, Winnie aspiró el olor de las rosas.

Luego volvió la cabeza y sus ojos se encontraron. La intensidad de la mirada azul la dejó sin aliento.

El coche aparcó ante un pequeño restaurante rustico, con el estacionamiento casi vacío. El conductor se apresuró a abrir la puerta.

—¿Donde estamos? —preguntó ella cuando salió del vehículo al aire tibio de la noche.

—Estamos fuera de la ciudad. Este local se llama Franco's. Es mí lugar favorito.

Justo cuando Morgan se apartaba para dejarla pasar, un coche salió de las sombras con los faros encendidos y se precipitó hacia ellos. Morgan murmuró un juramento y Winnie lo miró alarmada. El conductor se inclinó fuera de la ventanilla y un fogonazo explotó ante los ojos de la pareja.

—Vamos, sube al coche —la urgió Morgan, pero Winnie, presa del pánico, no se pudo mover.

Solo cuando vieron que el coche se alejaba, ella recobró el aliento e intentó tranquilizarse.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó temblorosa.

Morgan movió la cabeza de un lado a otro, con mirada sombría.

—Más de lo mismo. La prensa.

—Fue horrible. Ese hombre no tenía derecho a fotografiarnos.

—Lo siento, Winnie. Siempre hacen lo mismo —dijo en tono de excusa, pero ella percibió su frustración.

—¿De dónde salió? ¿Cómo sabía que estabas aquí?

—Probablemente nos siguió desde el aeropuerto. Winnie estaba horrorizada.

—Tendrían que dejarte en paz alguna vez.

—Lo harán. Eventualmente —dijo al tiempo que le ponía una mano en el hombro—. ¿Te encuentras mejor?

No, no se sentía mejor, y mucho menos al sentir su mano en el hombro. En seis meses nunca la había tocado.

—Estoy bien —dijo, en un tono más ronco de lo normal.

La puerta del restaurante se abrió y un señor con una chaqueta roja y pantalones negros salió a recibirlos.

—Señor Grady, lo esperábamos. Bienvenidos.

—Hola, Franco. Muchas gracias.

Franco los condujo a una mesa al fondo del recinto en penumbras, iluminado solamente con una profusión de velas.

Franco ayudó a Winnie a quitarse la chaqueta. Ella se sintió un tanto desnuda solo con la blusa de seda color crema.

—¿Franco es italiano o francés? Vaya pregunta, al fin y al cabo da lo mismo —parloteó, agitada.

—No te pongas nerviosa. Solo soy yo. Morgan Grady —dijo sonriente, mientras la estudiaba con atención—. Ahora sé por qué no pude localizarte en la terminal. Buscaba las trenzas. Nunca te había visto con el peló suelto.

—En el avión me dolía la cabeza así que me quité las horquillas. A usted no le gusta que lleve el pelo así, ¿verdad?

—Sí, me gusta. Solo es la falta de costumbre. Te queda muy bien —dijo con su voz profunda y ella se sintió aterrorizada.

No, nada era normal. Winnie no sabía qué hacer o qué decir. Tampoco sirvió de mucho que Franco les llevara una botella de champán.

Champán. El corazón le dio un vuelco. Al parecer, Morgan se empleaba a fondo.

Su primera botella de auténtico champán. Champán francés en un restaurante llamado Franco's con El Hombre del Año, elegido por el News Weekly.

Winnie sonrió muy nerviosa cuando Morgan le llenó la copa. Las pequeñas burbujas subieron a la superficie del líquido oro pálido y ella pensó que debería hacer un comentario oportuno, Como una mujer de mundo.

—A la salud del Hombre del Año. Enhorabuena, Morgan. Lo mereces. Eres el favorito de todos.

Parecía tan sincera, tan sencilla, pensó Morgan mientras chocaban las largas copas. La luz de la vela le favorecía; el cutis pálido se iluminaba al parpadeo de la llama amarilla.

No se parecía en nada a las mujeres que solía frecuentar. Ella era más real, más terrena, nada sofisticada y eso le gustaba. Lo prefería al glamour y a la ostentación. Todo el mundo creía que le gustaban las galas y adornos porque era enormemente rico. Pero no era así.

—Menos de ti —dijo, en tono burlón.

Winnie bajó los ojos al mantel, con las mejillas arreboladas.

—Si lo dices por lo del libro, no lo hagas. Hice ese comentario porque los últimos seis meses han sido asombrosos. A decir verdad, eres sorprendente.

Algo en el tono de su voz conmovió a Morgan. Poseía una suavidad que constantemente lo sorprendía. No conocía muchas mujeres que todavía fueran tan tiernas, tan... inocentes.

Un tanto confuso, Morgan frunció el ceño. No se sentía cómodo con el giro de la conversación hacia el terreno de las emociones. No se había basado en la emoción sino en la razón para elegirla como futura esposa. Ella era la elección más lógica.

—Y pensar que hace una semana me sentía infravalorada —dijo ella, con una sonrisa irónica—. Pero ya no es así, ¿verdad?

—¿Infravalorada?

—Ni siquiera sabías mi nombre.

Morgan sintió el aguijonazo de la culpa. Tenía derecho a estar alterada, pero también tenía que aprender a reaccionar.

—Debiste haberme corregido desde la primera vez. Darme un toque en el hombro...

—Eso nunca iba a suceder —lo interrumpió entre risas y, a la luz de la velan, él notó que sus ojos eran de un tono verde avellana —. Tú... tú eres. Tú.

—Brillante deducción, señorita Graham.

Ella le sonrió, todavía sonrojada, y otra vez algo se removió en el interior de Morgan. Esa emoción era novedosa, con un toque de celos.

El señor Osborne no podía quedarse con ella. Morgan no iba a perderla.

Cuando hubieron cenado, Franco retiró los platos, y a continuación sirvió el café.

Winnie se reclinó en el asiento.

—Una cena encantadora—suspiró y luego tuvo que disimular un bostezo con el dorso de la mano. No había mirado el reloj, pero tenía que ser pasada la medianoche—. Ha sido como un sueño.

—No tiene por qué terminar —Morgan se inclinó hacia adelante—. Tengo una idea, tal vez pueda sonar algo loca, pero creo que funcionaría y que ambos seríamos felices.

—¿Me vas a subir el sueldo?

Sus miradas se encontraron. El tonó azul oscuro de los ojos de Morgan brillaba como el agua bajo la luna llena.

—Podría ser —dijo, al tiempo qué sacaba del bolsillo del pantalón una cajita de terciopelo negro y la colocaba sobre la mesa.

El corazón de Winnie dejó de latir unos segundos al tiempo que sentía un extraño hormigueo que recorría su cuerpo de la cintura hacia abajo.

El empujó la cajita con la joya hacia ella.

—Cásate conmigo.

Un súbito escalofrío estremeció el cuerpo de Winnie. No era posible que él se comportara así, que la tratara de ese modo.

—No tiene gracia.

—No es una broma.

—Olvídalo —dijo, con voz ahogada.

—Winnie.

—No me llames Winnie —ordenó. Se sentía desnuda sin la chaqueta, solo con la blusa de seda y el pelo suelto sobre los hombros. Era como si la hubiera sorprendido desnuda. Y se sentía expuesta y vulnerable—. No te levantes. Tomaré un taxi —dijo, poniéndose en pie, con las mejillas sonrojadas de vergüenza y humillación.

Morgan dejó dinero sobre la mesa y se apresuró a alcanzarla.

—Espera, Winnie —dijo, al tiempo que bloqueaba la salida con un brazo—. No te marches. No de esta manera.

—Creo que ya hemos tenido suficiente drama por hoy —dijo con voz ahogada, incapaz de mirarlo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Él siempre se la había imaginado como una mujer de sólida prestancia, tanto en su personalidad como en el aspecto físico; pero al verla sin la chaqueta notó que no era tan fuerte. A través de la fina

blusa de seda pudo observar los delicados huesos de la clavícula, y la suave piel del cuello. Parecía tan frágil y terriblemente indefensa.

—Winnie, no te enfades. No intento hacerte daño, solo trato de decirte que te necesito.

¿Necesitarla? Winnie luchaba por contener las lágrimas. El no la necesitaba. Era Morgan Grady, El Soltero Más Sexy de Nueva York. ¿Cómo podía necesitar algo?

—Esto es como una jugarreta de los chicos del instituto. Algo que ellos suelen hacer. Primero te tratan como si fueras una chica especial y cuando empiezas a creerlo, terminan humillándote. Sin embargo jamás lo hubiera esperado de ti.

El la tomó del hombro.

—Pero esto no es una broma. Mi proposición es auténtica y soy sincero. Aunque resulta obvio que te lo he planteado de un modo inadecuado.

Ella cerró los ojos.

—Ten compasión de mí.

Pero él no pudo dejar de hablar, siempre con la mano en el hombro de la joven.

—Desde el principio debí haberte dicho que esto es algo profesional, que es una especie de oferta de empleo, si lo prefieres. Quiero casarme contigo, pero no todo sería un juego divertido. Hay que luchar contra los medios de comunicación contra una tremenda presión social, pero yo te aseguraría económicamente. Te daría todo lo que tu corazón desea. Los dedos se cerraron con fuerza en el hombro —. Todo —repitió con firmeza.

¡La boda del año! La prensa de Nueva York proclamó que El Soltero Más Deseable de Wall Street ya no era libre.

Winnie evitó leer los periódicos para no sentirse atrapada en el barullo publicitario. Sin embargo, de vez en cuando se reclinaba en la silla de su despacho con los ojos perdidos en el vacío y una suave sonrisa. Ella, Winnie Graham se casaría con Morgan Grady dentro de cuatro semanas.

Había documentos que firmar, un contrato y un lacónico acuerdo matrimonial; pero la cuestión administrativa no le interesaba. Él la necesitaba y eso era suficiente.

La organización de la boda fue más excitante. Por primera vez en la vida, con su madre tuvieron algo que compartir y pasaban horas al teléfono discutiendo sobre la ceremonia y la recepción.

Una tarde, le confió que se sentía como la Cenicienta preparándose para el baile. Todo era tan perfecto. La vida no podía ser más bella.

—¿Verdaderamente lo amas, no es así? —le preguntó suavemente, con orgullo maternal.

Casi no podía creer que Winnie, su desmañada hija, pronto se

convertiría en una radiante novia.

—Desde luego que sí. Estoy loca por él —respondió la joven sin titubear.

Winnie sentía que estaba haciendo lo correcto. Morgan y ella se necesitaban recíprocamente.

—¿Estás segura de que es el hombre adecuado para ti? —preguntó tras un instante de vacilación.

—Mamá, estoy enamorada de Morgan.

El silencio de la madre se prolongó bastante más.

—Sí, querida, pero, ¿estás segura de que él está enamorado de ti? —preguntó, al fin.

Capítulo 6

MORGAN consultó su reloj. Había tardado cinco frenéticas semanas en organizar la boda y solo veintitrés minutos para vaciar la atestada iglesia, llamar al St. Regis y cancelar la recepción.

Gracias a Dios que todo el mundo se había marchado y, tras dar una generosa contribución a la iglesia, Morgan se dirigió a la limusina que lo esperaba.

¿Qué demonios sucedía con él?, se preguntó mientras desataba el ajustado lazo de la corbata.

Primero había propuesto matrimonio a Charlotte por amor, luego había propuesto matrimonio a Winnie por necesidad y ambas novias se habían arrepentido a última hora.

Demasiado para ser El Hombre Más Sexy de Nueva York.

Con un juramento, Morgan se despojó de la chaqueta. Todo lo que deseaba en ese momento era una bebida fría, cambiarse de ropa y su avión privado. Se marcharía de esa ciudad despreciable durante el resto del verano y en la isla primitiva que poseía en las Bahamas se dedicaría a reflexionar sobre los errores que había cometido.

Sin embargo, no tardó en descubrir que los padres de Winnie lo esperaban junto al vehículo. La señora Graham lloraba, el señor Graham mantenía una actitud estoica.

—¿Nos concedes un minuto, Morgan? —pidió el padre, vestido de esmoquin negro, con la frente perlada de sudor. Hacía un calor insoportable, sin atisbos de una ligera brisa.

Morgan se detuvo. No quería hablar con nadie, pero tampoco podía ser descortés con los padres de Winnie. Aunque estuviera furioso con ella, no la odiaba.

—Desde luego.

El señor Graham se aclaró la garganta.

—Lamentamos mucho lo sucedido. Queremos que sepas...

—No hay excusas para esto —interrumpió llorosa la señora Graham—. No sé qué le sucedió. Siempre ha sido un poco excitable, pero escapar de esa manera... No tiene sentido, especialmente porque ella está loca por ti.

Winnie al menos había hecho algo correcto, pensó Graham severamente, con los dientes apretados y fingida serenidad. Había convencido a sus padres que se casaba por amor. Algo que todos los padres querían creer, incluso los de ella.

—Me imagino que lo pensó mejor —replicó, con una tensa sonrisa.

—Por encima de todo, ella te ama. Está absolutamente loca por ti. Y si no me crees, pregúntaselo...

—Margie —murmuró el padre, al tiempo que le ponía una mano en el brazo—. No le hagas eso a Winnie.

—Pero es cierto —replicó la señora Graham con vigor—. Winnie no sabe mentir. Su cara la delata. El lado izquierdo se le contrae con un tic nervioso. Cuando era pequeña siempre descubríamos sus travesuras por ese tic.

Al abrir la puerta de su casa, Morgan pensó que necesitaba un respiro. El ambiente estaba fresco gracias al aire acondicionado.

El señor Foley apareció en el vestíbulo.

—¿Le apetece una copa, señor? —preguntó mientras Morgan le entregaba la chaqueta del esmoquin y la corbata.

—Preferiría una gaseosa con hielo.

—Siento lo sucedido, señor.

—No deseo hablar de ello.

—Desde luego, señor —el señor Foley inclinó la cabeza—. ¿Ella se encuentra bien, señor?

Morgan deseó poder fingir que no sabía de qué hablaba Foley. Deseó encontrarse en el avión camino a St. Jermaine's, su pequeña isla rodeada de una playa de blanca y finísima arena, como ninguna otra en el mundo. Pero no estaba en su avión; acababa de llegar de la catedral y no podía olvidar el tic de Winnie cuando mentía y que su madre creía sinceramente que estaba enamorada de él.

Winnie, su eficaz ayudante, estaba locamente enamorada de él, según Marge Graham.

—Estoy seguro de que se encuentra bien —respondió Morgan, apesadumbrado, al tiempo que sentía el primer aguijonazo de culpa. Pero no quería sentirse culpable. No había ninguna razón. El no se había aprovechado de ella. Iba a ser compensada. Dinero, una cuenta de ahorros, un piso nuevo, tarjetas de crédito a su nombre…

Y lo había dejado todo, incluso a él. Había huido en un taxi amarillo con su blanco vestido de novia que apenas cabía en el asiento trasero.

Morgan había corrido tras ella, bajando a toda prisa la escalinata de la catedral; había visto el taxi apartarse de la acera y sumarse al tráfico de vehículos. Y también había vislumbrado parte del pálido rostro de Winnie.

¿Lo amaba?

Morgan se dijo que eso no tenía importancia, que un contrato era un contrato, y los negocios eran negocios; pero nada pudo aplacar su creciente sensación de culpa.

Si ella lo amaba, todo cambiaba. No había sabido utilizar una buena estrategia. En cambio, se había aprovechado del afecto de una joven ingenua.

Winnie se quitó la tiara, el velo y las horquillas que le sujetaban el

cabello. Unos cuantos rizos cayeron sobre la cara mientras se desplomaba en la silla ante su mesa, con la barbilla apoyada en una mano.

Bueno, el cuento de hadas había acabado.

Ya podía olvidar sus fantasías sobre el amor verdadero. Había construido un castillo en el aire solo con tres palabras: «Yo te necesito».

Sí, él la necesitaba, pero no de la manera que ella deseaba que la necesitara. El solo necesitaba una pantalla, un escudo para protegerse de la prensa.

Había pensado que su necesidad de ella prácticamente equivalía a ser amada; sin embargo, en la iglesia, vestida como una princesa, se dio cuenta de que podía engañar a la prensa, pero no a sí misma. Era demasiado romántica para contraer matrimonio sin amor.

Pensando en la locura cometida, Winnie dejó escapar un suspiro al tiempo que pensaba si no habría desperdiciado la única oportunidad de hacer algo diferente con su vida. Entonces echó hacia atrás la silla giratoria y miró a su alrededor.

Esa oficina era el mundo de Morgan. Ella amaba su mundo y realmente lo echaría de menos.

De pronto recordó cómo había llegado a la empresa para una entrevista de trabajo, hacía cuatro años.

Acababa de obtener su licenciatura universitaria y Grady Investments necesitaba una persona recién titulada para el departamento de investigación financiera. La empresa era la más importante de Wall Street y solo contrataban a los mejores profesionales para el equipo de investigación. Cuando le fijaron fecha para la entrevista, Winnie se sintió muy emocionada. Pasó dos semanas preparándose a fondo.

Sin embargo, cuando ese día llegó al edificio, su seguridad repentinamente se vino abajo.

Se quedó a la entrada de las oficinas, con su recién estrenada cartera de piel, y se puso contemplar a la gente que entraba y salía de la zona de recepción. Ella no era inteligente, ni sofisticada como esas personas. No tenía éxito como ellas.

A, medida que pasaba el tiempo, se sentía cada vez más nerviosa. Cuando la hicieron entrar en la sala de conferencias, estaba hecha un lío. Todos los pensamientos inteligentes habían escapado de su cerebro. Cuando faltaban cinco minutos para la entrevista, Winnie se excusó, tomó su cartera y huyó.

Cuando llegó a la calle, el terror dio paso a la aflicción. A pesar del título, los honores universitarios, el caro vestido de lana, todavía no sabía hacer nada bien.

Esa bochornosa entrevista cambió la orientación de su carrera. En

lugar de buscar un empleo en el sector financiero, aceptó un cargo como oficinista en otra empresa. Se había decidido su futuro.

Tal como lo había decidido esa mañana en la iglesia.

—¿Vas a alguna parte, Winnie?

Era la voz de Morgan. Ella giró la silla lentamente, las manos sobre la vaporosa falda del vestido blanco de seda.

—¿Qué haces aquí?

—Te buscaba.

El estómago le dio un vuelco y se le aceleró el pulso. Otra vez volvía a ser una adolescente.

—Estoy aquí.

—Ya veo —dijo, sentándose en el borde de la mesa con la mirada fija en ella—. ¿Cómo estás?

El estómago volvió a brincarle. Había reemplazado el esmoquin por unos pantalones deportivos color caqui y una camisa negra. Su aspecto era fabuloso. La camisa negra acentuaba el color azul de los ojos, el brillo de los cabellos oscuros y el recio mentón.

Muy nerviosa, Winnie tragó saliva convulsivamente, al borde de las lágrimas. No tenía idea de lo que sucedería a continuación.

—Bien. ¿Y tú?

Morgan vaciló. Intentaba elegir las palabras con cuidado.

—No fue muy elegante que te marcharas de improviso —dijo, al fin.

Ella se lo imaginó de pie ante el altar, junto al sacerdote, al niño que llevaba las alianzas y a la niña con las flores; todos observándola mientras huía, el blanco vestido y el velo de tul flotando en la apresurada carrera.

—¿Fue muy terrible? —preguntó, en tono culpable El se limito a alzar una ceja

—¿Qué crees tú?

Así que realmente fue terrible. Ella lo había humillado.

—Lo siento —murmuró.

El se encogió de hombros.

—Afortunadamente ya he pasado por una experiencia similar. Al parecer me he aficionado a las novias demasiado excitables —comentó con una débil sonrisa, aunque con un destello de dureza en los ojos azules—. ¿No me crees? Pregúntale a mi madre. Rose te lo contará todo. Fue hace quince años. Se llamaba Charlotte y yo creía que estábamos profundamente enamorados.

Winnie no supo qué decir.

—¿Y ella también te dejó en el altar? —preguntó, al fin.

—No exactamente. Canceló la boda una semana antes. Un gesto amable, pero no menos difícil. La gente quería saber qué había sucedido.

—¿Por qué anuló la boda?

Morgan alzó los hombros y luego se dirigió al ventanal.

—No es fácil de explicar —dijo con los ojos puestos en el enorme rascacielos del Banco Federal de Nueva York—. En el fondo a ella le preocupaban… mis orígenes.

Los Grady eran una de las familias más antiguas y respetadas de Boston. ¿Cómo podía alguien tener problemas con esa familia?

—No tiene sentido.

El se volvió a mirarla sobre el hombro, con una expresión parecida a la burla.

—Soy un O'Connell, no un Grady. Charlotte lo descubrió dos semanas antes de la boda y el pánico le hizo cambiar de parecer. Ella quería casarse con un auténtico Grady.

—¿Entonces no eres hijo de Rose y Reed Grady?

—Soy su hijo adoptivo —Morgan apretó los labios en una dura sonrisa.

—Es lo mismo. ¡Ella no te merecía! ¡No tiene corazón y nunca te quiso! —exclamó Winnie, levantándose de la silla.

—¿Y quién eres tú para hablar de amor? —la interrumpió enfrentándose a ella—. No te ibas a casar conmigo por amor, ¿verdad?

Winnie volvió la cabeza. No podía mirarlo de frente. Odiaba mentir y además no sabía hacerlo.

—¿Tú me amas, Winnie? —repitió, mientras se aproximaba con la tensión marcada en cada músculo del cuerpo.

Winnie volvió a sentarse, con la cabeza vuelta hacia un lado. Pero Morgan giró la silla hasta dejarla frente a él.

—Yo… —balbuceó—. Sí, tú me importas. He trabajado en estrecha relación contigo durante siete meses.

—Pero no me amas. Es una relación profesional, ¿verdad?

Ella alzó la vista lentamente, los ojos muy abiertos, con una expresión de ansiedad.

—Bueno…

—Dilo. Dímelo con palabras.

Winnie aspiró una bocanada de aire.

—No te amo —dijo bruscamente. De inmediato la mejilla y el ojo izquierdo se contrajeron en un tic nervioso.

Morgan se puso de pie y retrocedió unos pasos, con el ceño muy fruncido. Winnie observó que se llevaba la mano a la nuca y luego se alisaba el pelo.

—Vaya…

—¿Te costó mucho superarlo? —preguntó ella, con suavidad.

Morgan se encogió de hombros.

—Era hermosa, elegante, graciosa —dijo con expresión de tristeza —. Sí, me costó.

—Siento que te haya hecho daño.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—Eso sucedió hace mucho tiempo. Yo era un muchacho —explicó mientras volvía a sentarse al borde de la mesa—. Sucedió hace quince años. Y ahora me enfrento al mismo problema. Qué ironía —añadió suavemente.

Winnie pensó que esa era la palabra correcta. Porque al ver a Morgan y estar a solas con él, se dio cuenta de que había cometido un gran error al huir de la iglesia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él.

—No lo sé.

—No podemos quedarnos aquí para siempre. Necesitamos comer, descansar, cambiarnos de ropa.

Era cierto. Winnie bajó la vista al precioso y ya ajado vestido de novia. Le parecía ver los titulares de la prensa del día siguiente: *La novia deja plantado en el altar al Hombre del Año.*

—¿Hay fotógrafos afuera?

—Manadas —replicó Morgan, con una mueca burlona.

—No he traído ropa.

—Tengo algunas camisas en el armario de mi despacho. Puedes ponerte una con un pantalón corto de gimnasia. No es muy elegante, pero mejor que llevar enaguas y sedas.

Winnie se cambió en el despacho de Morgan, aunque él tuvo que ayudarla a abrir la hilera de botones que cerraban el vestido por la espalda.

Ella sintió una extraña sensación. Nunca antes habían estado en tan estrecho contacto, nunca más allá de contratos, copias, horarios, planes de vuelo. Los dedos de Morgan en su espalda desnuda le hicieron desear algo más.

Sus manos, su boca, su cuerpo, todo él...

Winnie se alegró de que no pudiera ver su cara sonrojada. «Winnie Graham, no eres su tipo y nunca lo serás. El hecho de haber pactado con él no significa que alguna vez llegue a amarte», se aleccionó silenciosamente.

Morgan la dejó sola para que terminara de desvestirse.

Winnie se puso el pantalón corto de gimnasio luego la camisa que él había dejado sobre su mesa. El faldón de la camisa le llegaba hasta la mitad de los muslos y dejaba a la vista solo unos centímetros del pantalón gris. Winnie se abotonó la prenda y luego enrolló las largas mangas hasta el codo.

Bueno. Ya no era una novia. Era solo la Winnie de siempre con una camisa a rayas azules de Morgan.

Bajaron juntos en el ascensor y Winnie echó una mirada a la multitud de fotógrafos que esperaban afuera.

—No puedo hacer esto —susurró, presa del pánico—. Sé lo que van a decir los periódicos y será horrible.

—Relájate e intenta fingir que todo está bien —sugirió Morgan al tiempo que la abrazaba por los hombros—. Respira hondo.

Winnie obedeció y se sintió confortada al sentir el calor y el aroma de su piel. Sí, era como estar en el cielo.

—No sé si podré.

—Claro que puedes. Estás conmigo y confías en mí, ¿verdad?

Ella lo miró a los ojos. Su mirada azul era serena y cálida. El la hacía sentirse capaz de todo.

—De acuerdo.

Salieron al vestíbulo por una puerta lateral, pero, ya en la calle, los fotógrafos corrieron hacia ellos mientras la limusina se acercaba al bordillo de la acera.

El conductor abrió la puerta trasera, pero antes de entrar en el coche, Morgan posó para las cámaras con una gran sonrisa y la mano en la espalda de Winnie.

—Esto no va a funcionar —murmuró, mientras volvía la cabeza para esquivar a las cámaras, con la boca en el pecho de Morgan.

—Deja de pensar y diviértete —respondió él, con los labios apoyados en la curva de la oreja de Winnie.

—¿Cómo?

—Así —murmuró con la voz enronquecida, al tiempo que le alzaba la cara.

¡La iba a besar! El pánico se apoderó de la joven anulando todo pensamiento racional.

—Yo...

Winnie se sobresaltó, pero él la sostuvo firmemente con una mano en la espalda y otra en la cintura.

—Relájate —murmuró, segundos antes de que sus labios rozaran los de ella—. Es solo un beso.

«Solo un beso», repitió Winnie mentalmente y luego se rindió a la increíble sensación de la caricia de esos labios que cubrían los suyos.

Winnie sintió la frescura y firmeza de la boca contra su piel ardiente mientras la atraía hacia sí. También sintió la dureza de su pecho y la aspereza del mentón. Era tan alto, tan varonil. De pronto pensó que, a diferencia de él, era una inexperta en el amor.

Sin embargo, la falta de experiencia le pareció intrascendente mientras los labios de Morgan se movían lentamente sobre los suyos y hacían despertar en su cuerpo un ansia desconocida hasta entonces.

Winnie se olvidó de todo y suspiró de placer al sentir que aumentaba la intensidad de la caricia. Con un estremecimiento de placer sintió la punta de la lengua de Morgan en el labio inferior.

Tímidamente, impulsada por la urgencia de un anhelo

desconocido, apoyó las manos en el pecho de Morgan, al tiempo que se sentía salvajemente viva.

—¿Ves?—murmuró él, separándose un poco para mirarla a los ojos —. Es muy sencillo dar un beso.

Más tarde, mientras la limusina se desplazaba entre el tráfico de Manhattan, Winnie recordó la respuesta de Morgan cuando un periodista le preguntó cómo se sentía alguien abandonado ante el altar.

—Un tanto incómodo —contestó Morgan con una soltura y seguridad en sí mismo que cautivó a los periodistas—. Pero ahora ella está conmigo y eso es todo lo que importa.

De pronto, Winnie sintió el vacío en su interior. La caricia le había encantado, aunque para él había sido solo una representación para la prensa. Todo lo de ellos eran solo apariencias.

—Les has dado lo que quieren. Incluso me has besado.

El se volvió a mirarla.

—Y me gustó.

—No es cierto. Sé que no te sientes atraído hacia mí. Tú prefieres a las rubias modelos suecas.

—No, y créeme que me gustaría volver a besarte, pero antes tenemos que aclarar ciertas cosas. Nuestra relación, por ejemplo.

—No tenemos relaciones —replicó Winnie, bastante incómoda.

—Sí que las tenemos. Tenemos una en la oficina y ahora hemos estado al borde del matrimonio, así que hay algo entre nosotros, incluso aunque fuera una pura amistad, merece que hablemos de ella.

—Va a ser difícil para mí discutir algo en este momento. Estoy demasiado perturbada.

—Necesitamos un tiempo de reflexión. Pienso que sería prudente tomarnos unas semanas de vacaciones y poner distancia entre nosotros y los medios de comunicación.

—¿Dónde piensas ir?

—A St. Jermaine’s, en las Bahamas.

—Y yo tendría que ir a casa. Mis padres estarán muy irritados, pero no creo que me echen del hogar.

—Tú vendrás conmigo.

Capítulo 7

NO IBAN a partir hasta la mañana siguiente. Morgan pasó gran parte de la noche sentado en su sillón de piel, en la sala de estar de su casa, contemplando las luces brillantes de los rascacielos de Manhattan.

Ella lo amaba.

Maldición. Se suponía que eso no debía suceder. No quería que Winnie se implicara emocionalmente. Sabía muy bien cómo podía sentirse alguien cuando amaba sin ser correspondido. Dolía. E incapaz de desear ese dolor ni a su peor enemigo y definitivamente Winnie no lo era.

Demonios, le gustaba la joven. Y mucho. Esa mañana estaba hermosa, casi sofisticada, aunque parte de él la prefería sin peinados artificiosos y sin maquillaje. Winnie no necesitaba cosméticos para mejorar su aspecto. Era maravillosa al natural.

Todo había ido bien hasta ese día.

¿Qué había sucedido en la iglesia? ¿Qué la había asustado?

Con un suspiro, Morgan se frotó el mentón y la barba ya crecida le raspó la palma de la mano. Ella lo amaba y a él le gustaba la joven. Muy bien.

De hecho, realmente le había gustado besarla. Su boca era amplia y generosa y sus labios increíblemente tentadores. La relación sexual entre ellos iba a ser un placer una vez superadas las dificultades de los preámbulos.

Sí, los preámbulos. Eso era. Ahí estaba el error.

La había presionado mucho. Ella necesitaba tiempo para sentirse cómoda con él.

Sabía, sin necesidad de preguntar, que no tenía experiencia sexual. Era ingenua. Incluso en su forma de mirarlo se traslucía una candidez y una ilusión carente de pretensiones. No ignoraba que raramente salía con chicos. La verdad es que no sabía cuándo había salido con uno.

No le extrañaba que se hubiera asustado. De pronto se había encontrado al fondo de la iglesia, en medio de la música, de la profusión de flores, probablemente imaginando todo lo que nunca había hecho, preguntándose si disfrutaría sexualmente con él o si tendría que soportar la experiencia como una resignada esposa victoriana.

El pensamiento le arrancó una débil sonrisa. Pobre Winnie.

Ignoraba que él nunca la obligaría a compartir la cama contra su voluntad. Winnie no tenía idea de que él amaba el juego amoroso, el contacto de la mujer, adoraba las curvas femeninas y tenía especial debilidad por una suave boca, sin maquillaje.

Como la boca de Winnie.

De pronto sintió que su cuerpo se excitaba al recordar el beso de esa tarde. Ella había temblado en sus brazos. Había sentido su entregada respuesta y supo entonces que si respondía así, lo haría con la misma sensibilidad en la cama.

Lo que necesitaba era que él la cortejara. Que la invitara a cenar, a beber un buen vino, que la amara con mucha lentitud. Eventualmente descubriría que no solo el amor consolidaba una buena relación de pareja. Era posible que no la amara de un modo romántico, poético, pero podría ofrecerle confianza, respeto, compañía, y lo mejor de todo, una buena compatibilidad sexual.

Morgan se levantó del asiento, y tras estirarse, se dirigió a su dormitorio. Una vez identificado el problema, encontraría una buena solución. Incluso, con un poco de suerte, hasta lograría dormir esa noche.

El interior del inmenso bungaló era sorprendente, con ventanales del suelo al techo por los que entraba la brisa fresca, con brillantes suelos de madera.

Con las manos en las caderas, Winnie examinó la colección de arte popular caribeño. Las brillantes telas rústicas y las esculturas contrastaban con el frío tono neutro de las paredes y de los muebles.

—Esta no es una simple casa de playa —comentó Winnie, ensimismada en las pinturas de frondosos árboles y mares, volcanes en erupción y bailarines.

—Claro que sí. Solo que tiene estilo propio, eso es todo —rebatió Morgan, mientras el señor Foley pasaba junto a ellos camino a la cocina.

Durante las tres horas de vuelo desde Nueva York, parte de la conversación giró en torno al señor Foley. El mayordomo acompañaba a Morgan en la mayoría de sus viajes, se encargaba de proporcionarle todo tipo de comodidades y le evitaba atender los molestos detalles domésticos.

Su trabajo era parecido al de Winnie.

Sin embargo, hasta ese día, ella nunca había subido a su avión particular y nunca había hecho un viaje con él, salvo los cortos trayectos en la limusina por motivos de trabajo, dentro de la ciudad.

Cuando una hora atrás el Learjet aterrizó en el pequeño aeropuerto de St. Jermaine's, Winnie se sintió muy emocionada. Durante la siguiente semana estaría totalmente sola en una isla tropical con Morgan Grady.

Camino a la casa, habían cruzado una densa arboleda de cocoteros y Winnie se había quitado la chaqueta de lino para sentir la brisa de la isla. Se sentía muy cómoda con la falda a juego y el ligero top. A la sombra de los árboles, dejó escapar un profundo suspiro. Por primera

vez podía disfrutar de un momento de paz. Se sentía casi en el paraíso, rodeada de colinas esmeralda, ensenadas turquesa y playas de fina arena blanca.

Morgan la invitó a hacer un breve recorrido por la casa, le mostró las zonas principales y luego, a través de un amplio corredor, la condujo a la zona de las habitaciones de invitados.

—Tu habitación es esta —dijo, al abrir la puerta de una amplia suite en tonos crema y albaricoque—. Yo estoy al otro extremo. En la casa hay un teléfono interno por si me necesitas.

Intencionadamente, Winnie dio la espalda a la inmensa cama de columnas.

—Creo que no te voy a necesitar.

Morgan arqueó una ceja.

—Lo dices con mucha seguridad.

Winnie se encogió de hombros. Se sentía un poco arrogante. Fuera del contexto de la oficina, se percibía en términos de igualdad con él, menos dependiente. Ya no necesitaba su aprobación.

—No te voy a necesitar —repitió dulcemente, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Si revisamos la historia de nuestra relación, eres tú quien me necesita.

La ceja se arqueó más aún.

—¿Cómo es eso?

En ese instante, Winnie se sintió pendenciera y un poco más que perversa. Morgan siempre había controlado la situación y ella lo había seguido a todas partes como un perrito.

—Tú eres el que se desespera por encontrarme. En la oficina, me llamas al móvil, me acorralas a través del intercomunicador, me bombardeas con correos electrónicos. De hecho, la última vez que olvidé el mensáfono casi sufriste un colapso nervioso.

—¡Esa es una gran exageración!

Winnie retrocedió al ver que él daba unos pasos hacia ella.

—Puede ser, pero es cierto. ¿Cuándo te he necesitado yo para algo?

Un absoluto silencio siguió a la pregunta maliciosa. Los oscuros ojos azules encontraron los de ella, sostuvieron su mirada y Winnie percibió un destello, como una ardiente llama azul que nunca había visto antes.

La joven sintió en su cuerpo una súbita descarga de adrenalina. Morgan la miraba y le gustaba lo que veía. No era algo externo, había algo más hondo, más primitivo. Había ardor en su mirada y en el modo en que se inclinaba hacia ella, cada vez más cerca de su cuerpo.

Con una lentitud deliberada, Morgan apoyó la mano derecha en la pared, cerca del hombro de Winnie y luego la izquierda, hasta que la joven quedó atrapada entre su cuerpo y la pared.

El se inclinó un poco más hasta que sus cuerpos casi se tocaron.

—Yo creo que tienes necesidades, Winnie —murmuró, con la voz enronquecida. Su calor era tangible.

A ella se le contrajeron los músculos del vientre.

—Desde luego que sí. Necesito dormir ocho horas, tres comidas diarias, veinte minutos de ejercicio...

—Desnuda, en mi cama —murmuró Morgan. Ella lo miró con la boca abierta, luego se sonrojó hasta la raíz de los cabellos. Intentó decir algo inteligente, pero no se le ocurrió nada—. Veinte minutos no son nada. Yo recomendaría cuarenta minutos por lo menos —dijo, con una mirada brillante—. Sesenta, si es posible.

Todavía sonrojada, ella alzó la barbilla. Los acelerados latidos del corazón le hicieron sentirse muy viva y alerta.

—Gracias por el ofrecimiento, señor Grady, pero creo que habrá muchas oportunidades de hacer ejercicio aquí en la isla sin su colaboración.

—¿De veras?

Ella combatió la urgente necesidad de sonreír. La imaginación se le había desbocado.

—Las actividades deportivas que tengo en mente no requieren ninguna clase de desnudez.

—Pero es muy agradable.

—Prefiero la ropa.

La boca de Morgan rozó el sensible lóbulo de l oreja de Winnie.

—Entonces no has encontrado todavía... el ejercicio... que quieres practicar.

A ella le encantó el contacto de los labios en la curva de la oreja. Un delicioso escalofrío la invadió cuando los dientes de Morgan mordieron suave mente el lóbulo.

La estaba atormentando y a ella le encantaba, la excitaba.

—Vamos, Winnie. Admite que te gustaría practicar nudismo conmigo.

Ella sonrió. El hacía que el sexo pareciera algo ligero, incluso divertido. Y a ella la divertía y le intrigaba.

—No lo sé. Tal vez... cuando me canse de lo que se puede hacer en la isla.

Los labios de Morgan rozaron la piel del cuello.

—¿Cómo qué cosas?

—Todo —murmuró, en un tono muy cálido.

—Dime algunas.

La besó sobre la clavícula. Winnie jadeó suavemente al sentir que la lengua recorría la piel sobre el hueso.

De pronto aferró la camisa y se acercó más a él. Necesitaba sentirlo muy cerca.

—Nadar —susurró, con la boca seca.

Necesitaba que la tocara, deseaba sus manos sobre las costillas bajo los pechos.

—Esa es una.

—Correr. ¿No es suficiente?

—No —dijo, tomándole la cara entre las manos. Sus dedos le acariciaron la nuca—. Hablaste de un sin fin de cosas —le recordó mientras le inclinaba la cabeza hacia atrás y sus labios recorrían el cuello hasta el mentón.

—Correr.

—Ya lo has dicho.

Winnie sintió su sonrisa contra la piel y también el calor que lo envolvía. Era una sensación salvaje, tan intensa que se estremeció indefensa, mientras se ceñía al cuerpo masculino buscando su contacto.

Winnie sintió que el torso de Morgan apretaba sus pechos y sus caderas se pegaban a las de ella con tal intensidad que pudo sentir su excitación entre lo muslos.

Sin embargo, aún no la besaba. De pronto, ella no fue capaz de soportar más.

—Bésame, Morgan, por favor —gimió, al tiempo que se alzaba en puntillas, se aferraba al cuello masculino y atraía la cabeza hasta su boca.

Winnie ansiaba el duro contacto masculino contra su cuerpo, en tanto separaba los labios y sentía la lengua de Morgan recorrer la cavidad de su boca. Era un despertar de los sentidos maravillosamente sensual y voluptuoso y su cuerpo se plegaba cada vez más al de él.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y entró un joven de camisa amarilla con la maleta de Winnie.

—¡Lo siento! —exclamó, al tiempo que retrocedía rápidamente.

Pero ya la joven se había separado bruscamente de Morgan. Con una sonrisa él la observó alisarse el top y la falda de lino.

Más tarde, la condujo al espacioso salón con ventiladores de aspas estratégicamente colocados en la zona del comedor y de la sala de estar.

El señor Foley apareció con una bandeja en el momento en que bajaban los peldaños que separaban ambos ambientes.

—¿Una bebida fresca?

—Gracias —dijo Winnie, aceptando una larga copa adornada con piña, plátano y rodajas de naranja.

—Les he preparado un surtido de aperitivos fríos y calientes —dijo señalando una mesa en la sala de estar, antes de retirarse.

Morgan la observó bajar la escalinata con la copa en la mano. Tenía una belleza natural, un tipo de belleza que fluía desde el

interior, que nada tenía que ver con peinados, maquillaje y ropa elegante.

Eran sus ojos verdosos, la boca suave y sensible, el cabello castaño recogido en una sencilla coleta. Le encantaba la línea del cuello, el dibujo de los labios, sus curvas.

En ese instante, Winnie sonreía ante un pensamiento secreto y a él le encantó la forma en que se mordía el labio inferior, como si intentara guardar la sonrisa solo para ella.

—¿Te gusta la bebida?

—No la he probado todavía —dijo, dando un sorbo—. ¿Es un batido de plátano?

—Sí, pero para adultos. El señor Foley prepara un peligroso daiquiri de banana.

Ella volvió a probarlo.

—No parece que tenga alcohol.

—Annika decía lo mismo.... —Morgan se calló de inmediato, dándose de patadas mentalmente. Un comentario estúpido, ciertamente.

Winnie lo había oído. Fue sorprendente el impacto de esas palabras en ella. Hacía un instante estaba tan feliz que literalmente resplandecía y súbitamente se había desmoronado.

—¿Annika ha estado aquí?

Desde luego que sí. Había salido con ella unos cuantos meses, pero nada de eso importaba en ese momento. Annika era el pasado y Winnie el presente. Las mujeres deberían saber esas cosas, pero nunca se centraban en los hechos verdaderamente importantes.

Morgan dejó escapar un suspiro.

—Vino conmigo la primavera pasada, cuando salíamos juntos.

—¿Y le gustó esto?

—Winnie, déjalo ya.

Pero la joven alzó la barbilla, con expresión obstinada.

—¿Venia a menudo?

—Eso no tiene importancia. Lo que importa es que ahora estás aquí, conmigo.

Los ojos de Winnie se empañaron.

—Sí, pero solo esta semana. La próxima habrá otra persona.

Morgan dejó su copa en una mesita baja.

—Eso no merece una respuesta.

Ella se adelantó hacia él, bloqueándole el paso.

—¿Por qué no?

—Porque es ridículo. Te comportas como si estuvieras... celosa, y no tienes derecho a estarlo.

—¿Por qué no?

—Porque te propuse matrimonio. Ayer estuve en la iglesia.

Esperándote. De pie ante el altar con el sacerdote, ante una multitud de gente. ¿Y adivinas qué pasó? Me dejaste plantado.

Winnie quedó sin habla y él aspiró una gran bocanada de aire, sorprendido ante la profundidad de sus emociones. Estaba enfadado, sí; pero no era solo rabia. Era... era...

Preocupación. —Aflicción. Dolor.

De pronto sintió que todo había cambiado. Algo había sucedido en las últimas semanas. Algo había sucedido el día anterior. Y algo había sucedido hacía pocos minutos cuando la retuvo contra la pared del dormitorio y sintió que se estremecía y luego arqueaba el cuerpo hacia él. No, ella no le era indiferente. No, en lo más mínimo.

—¿Por qué escapaste ayer? —preguntó de improviso, al tiempo que reconocía que esa pregunta había pesado sin cesar en su ánimo durante las últimas veinticuatro horas.

—¿Por qué me pediste que me casara contigo?

—Ya sabes la respuesta.

Ella alzó bruscamente la cabeza, y la coleta castaña se movió de un lado a otro mientras lo miraba fijamente.

—No preguntaría si la supiera.

Sí, era una nueva Winnie. Más fuerte, más segura de sí misma. Y con toda certeza, más directa.

—Porque eras la mejor candidata para el puesto —replicó con ligereza, con fingido buen humor; pero ella no sonrió.

Su expresión inflexible no cambió un ápice.

—¿Y Annika?

—¿Qué pasa con Annika?

—Bueno, ella es hermosa, rubia y famosa. Es tu supermodelo sueca y habría estado perfecta en las páginas de sociedad de los periódicos.

—Pero yo no quiero ser el centro de las páginas de vida social de la prensa. No quiero pasar el resto de mi vida ante las cámaras. Quiero vivir una vida normal. Una vida tranquila, lejos de las candilejas.

A Winnie le bastó un instante para asimilar el contenido de sus palabras y apretó lo dientes. No quería una hermosa supermodelo por esposa porque la prensa no lo dejaría en paz, así que se casaría con ella, una gruesa y modesta secretaria. Una chica que sería del montón hasta el día de su muerte.

Winnie sintió una punzada de dolor en el estómago.

—¿Y que hay del amor?

—No amo a Annika.

—Tampoco a mí.

El no respondió. La tensión que sentía en el pecho era casi intolerable.

—Yo...

—Tú no me amas —repitió en tono fiero—. ¿Verdad?

Morgan la miró a los ojos.

—No.

—Entonces, ¿por qué yo? ¿Por qué me elegiste a mí?

—Porque tú eres diferente. Me conoces. Nunca te harías falsas ilusiones románticas sobre la vida matrimonial.

Cierto, una mujer como Winnie no podía permitirse ilusiones románticas. Una mujer como Winnie era práctica, confiable, sensata. Una mujer como Winnie no recibía ofertas de matrimonio y debería saber que un hombre como Morgan Grady solo podía ser un sueño para ella.

Sin embargo, y pese a todo, tenía que sentirse halagada. El esperaba que se sintiera complacida.

Por primera vez desde que había empezado a trabajar para Morgan sintió que podía llegar a odiarlo. Verdaderamente, él no sabía realmente quién era ella.

Había esperado toda su vida el amor mágico, la oportunidad de ser profundamente amada. Y no había creído merecerlo hasta el día anterior, cuando se miró al espejo en el exquisito salón de belleza de Park Avenue, y comprobó lo que habían hecho los estilistas con ella. Habían transformado a la rechoncha Winnie Graham en una mujer verdaderamente mágica y hermosa.

Winnie se había mirado atentamente. Con lentes de contacto, el pelo recogido y perfectamente maquillada había visto una mujer que merecía ser verdaderamente dichosa, una mujer que todavía podía anhelar el final feliz del cuento de hadas. Y un matrimonio de conveniencia no casaba con la idea del sueño de la eterna felicidad. Sí, tendría mucho dinero, como le había asegurado Morgan pero, ¿para qué servía el dinero sin amor? ¿Es que algo tenía significado sin amor?

Winnie se volvió a contemplar el mar a través de los ventanales. El sol cálido y brillante del atardecer se reflejaba en la arena de la playa.

—Esos columnistas chismosos me han tildado de cazadotes, y tú sabes que no es cierto. Nunca me ha interesado el dinero, y menos el tuyo —declaró, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro. Luego se volvió a mirarlo por encima del hombro. Sus labios se contrajeron en una breve y triste sonrisa—. Lo único que deseo de ti es tu amor.

Capítulo 8

M ORGAN se echó a reír. Era lo último que Winnie hubiera esperado.

—¿De qué te ríes?

—Me río porque eres una soñadora.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, salvo que puedes desilusionarte. Piensas que aceptaste casarte conmigo por amor, pero esa no es exactamente la verdad.

Winnie se puso rígida.

—No puedes decir eso. Tú no me conoces.

Morgan sonrió de modo inflexible.

—Empiezo a conocerte y a comprenderte. No eres tan altruista como piensas. Es posible que te digas que todo lo que me pides es amor, pero no es verdad. Quieres mucho más que eso.

—¿De veras? —Winnie lo miró con rabia.

—Sí —respondió mientras se acercaba a ella—. Quieres pasión, sexo, glamour, aventura. Quieres probar cosas diferentes, ser alguien diferente. Y piensas que conmigo podrías conseguirlo, y tienes razón; podría ser. Conmigo podrías ser lo que quisieras, incluso tú misma.

—Pero...

—No somos personas altruistas, Winnie —declaró en tanto le acariciaba la curva de la oreja y la miraba detenidamente—. Ambos tenemos necesidades y algunas de ellas no tienen nada que ver con el amor.

El pulso de Winnie se aceleró. El le hacía sentir tantas cosas increíbles, pero su atracción se basaba en el amor, no en la lujuria.

—Es posible que tú reduzcas el sentimiento solo al aspecto físico, pero yo no puedo. Me siento atraída hacia ti porque te amo, no porque me enciendas los sentidos.

Morgan sonrió.

—Eres una romántica. Todo lo quieres con letras mayúsculas: Amor, Pasión, Romance.

—Sí, y sé que eso existe.

Los dedos de Morgan recorrieron la piel de su cuello.

—Juntos podríamos ser felices, Winnie. Sé que podría hacerte feliz.

—Nunca podría ser feliz contigo si supiera que no me amas.

—Hay muchas clases de amor. Tú hablas del amor romántico. Yo hablo del amor real. Hablo de respeto, admiración, amistad.

—No empecemos de nuevo —interrumpió ella, apartándose.

Winnie alcanzó su copa y bebió un sorbo. Morgan quería casarse con alguien seguro y confiable. Con una regordeta, torpe y poco

elegante.

—¡Que aburrido! —exclamó bruscamente, apartando la copa—. No puedo pasar el resto de mi vida con un hombre que no siente nada por mí.

—Pero tú me gustas.

—Yo quiero que me amen —dijo, en tono irritado—. Un hombre que me desee, que me quiera, alguien capaz de ir al confín del mundo por mí. Sería un error aceptar menos que eso.

—¿Y si no existiera esa idea que tienes del amor?

—Eres un cínico —Winnie parpadeó furiosa.

—Puede ser. O puede que sea realista.

Esa reflexión la obligó a parpadear otra vez. De pronto pensó que tal vez era posible ver la vida desde dos perspectivas diferentes, y ambas igualmente correctas. Y si así fuese, no les impedía disfrutar el momento, ya que estaban en medio del paraíso.

St. Jermaine's era el lugar más hermoso que había conocido. Estaba bebiendo su primer daiquiri de plátano y muy pronto cenaría con el amor de su vida.

La cena se sirvió en la galería, en una mesa adornada con hermosas gardenias, finos cristales y una docena de velas blancas.

El señor Foley descorchó una botella de un excelente vino tinto y desapareció discretamente. Tras reclinarse en el asiento, Winnie se puso a escuchar el suave chapoteo de las olas que iban a morir en la playa.

Mientras admiraba el tono rubí de su copa, la joven pensó que era muy fácil acostumbrarse a todo aquello. Definitivamente esa era la buena vida. ¿Cómo sería convertirse en la amiga de Morgan… o en su amante?

—Sonríes —comentó Morgan mientras le llenaba la copa.

—Sí —dijo ella, muy relajada.

El cabello oscuro de Morgan brillaba a la luz de las velas.

—¿En qué piensas?

—En que no eres una mala compañía cuando te olvidas del mercado bursátil —dijo, con una mirada maliciosa bajo las pestañas.

Morgan se echó a reír.

—Y yo debo decir que no eres mala compañía cuando te dejas los cabellos sueltos —dijo, la oscura mirada azul fija en ella—. Me gusta así. No te lo vuelvas a recoger. Eres una mujer interesante, Winnie. Me sorprendes constantemente.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—¿Te gustan las mujeres interesantes?

—Desde luego. ¿Y a ti te gustan los hombres aburridos?

A pesar de la intensa emoción que sentía, Winnie dejó escapar una risita.

—Sí, hombres aburridos, por favor.

—Bueno, entonces soy tu tipo. Soy increíblemente aburrido.

Las miradas se encontraron, los ojos de Morgan decían que la deseaba. Esos ojos provocaban un intenso ardor en todo su cuerpo.

—Sí.

—Sería muy divertido aburrirnos juntos, Winnie. Podríamos hacerlo de muchas maneras —dijo, con la voz enronquecida.

Winnie se aferró a la copa de agua y bebió un gran trago.

—Pero yo no soy tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo?

Ella lo miró a la cara, los ojos de Morgan estaban fijos en los suyos.

—Annika, Birget, Hannah.

—Sí, el tipo de supermodelo escandinava.

—Así las prefieres tú. Te atraen las mujeres altas, esbeltas, sensuales. Y yo no pertenezco a ese tipo de mujer.

—No, no eres alta ni rubia, pero me atraes mucho.

—Morgan, creo que no me entiendes. Me refiero a la atracción física.

—Te entiendo perfectamente, Winnie. Y a eso me refiero. Ambos podríamos disfrutar juntos.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó, fascinada e intrigada a la vez.

—Puedo asegurarlo por la forma en que besas.

Con el pulso acelerado, Winnie respiró con dificultad. Pensaba en la relación sexual, en la boca de Morgan sobre su piel. De pronto, sintió un dolor novedoso en las zonas recónditas de su cuerpo.

Si no insistiera en el matrimonio, casi podría imaginarse la vida junto a él. Habría citas, cenas, veladas fuera y dentro de casa. Habría paseos en la limusina, paradas en los clubes de moda, palco privado en la ópera, sitios de preferencia en el Yankee Stadium, patinaje sobre el hielo en Rockefeller Square, invitaciones a desfiles de moda. Peluqueros estilistas, piel bronceada todo el año…

La fantasía se interrumpió bruscamente. Ella nunca se sentiría completa si él no la amaba.

—No funcionaría. No sobreviviríamos ni una semana —dijo, tras una larga pausa.

—¿Por qué no?

—No hay más que mirarlo. Tú eres… tú… Y yo soy… yo.

El rió suavemente.

—Una observación muy aguda.

—Hablo en serio.

—Y yo también. Entre nosotros hay mucha química, Winnie. Mucha más de la que nunca sentí con Birget, Hannah o Annika.

Winnie alzó la cabeza. El asombro agrandaba sus ojos.

—¿De veras?

—De veras —Morgan apartó la copa y se levantó de la mesa—. Vamos a la playa a contemplar la puesta de sol.

El sol empezaba a ponerse cuando llegaron a la pequeña cala. Los colores del atardecer eran increíblemente intensos en sus diversos matices del rojo, naranja, turquesa y púrpura.

Winnie se quitó las sandalias para caminar sobre la arena húmeda, y cuando Morgan se sentó, ella se acomodó a su lado.

Había total tranquilidad en la isla. Los pájaros que había oído durante todo el día estaban silenciosos y, a diferencia de Nueva York y de su actividad continua, ahí no había nada que perturbara la paz. Ni voces, ni coches, ni tráfico; nada sino el suave chapoteo de las olas que besaban la arena de la orilla.

—Es maravilloso —murmuró Winnie.

Morgan asintió.

—Me siento bien aquí, en calma. Y me encanta tenerte conmigo.

Ella se inclinó hacia adelante, con las rodillas alzadas y la barbilla sobre el antebrazo.

Todavía se sentía un tanto extraña en la isla de Morgan. Era algo surrealista. Intimo. Exclusivo, como si estuviera en su luna de miel aunque se hubiera perdido la boda.

Morgan indicó el agua.

—Mira, el sol se pone rápidamente.

Tenía razón. Cuando el redondo astro rojo llegó al horizonte, empezó a hundirse con rapidez y desapareció en el océano como un balón de fuego y, un instante exquisito, el mar se iluminó con matices dorados y rubíes.

Winnie contuvo las respiración unos segundos, con una leve congoja, mientras contemplaba el horizonte que lentamente se teñía de azul.

—Ha sido hermoso —murmuró, estremeciéndose y apretando más los brazos en torno a las rodillas.

Morgan debió de notarlo porque le puso la mano en la espalda.

—¿Frío?

—No —Winnie volvió a estremecerse, más de deseo que de frío al sentir la mano sobre la piel.

Durante siete meses había combatido sus sentimientos. Había intentado acabar con el deseo, negar la necesidad. Se había obligado a buscar otro trabajo; pero a finales de julio todavía soñaba, todavía lo deseaba y lo necesitaba.

¿Sería muy terrible dejar de luchar contra sí misma, por principios morales demasiado altos, y permitirse disfrutar con él? ¿Solo disfrutar ese momento?

¿Sería tan malo vivir el presente con él y tomar lo que pudiera... aunque solo fuera sexo?

—Winnie, hoy no tenemos que tomar grandes decisiones.

Ella giró la cabeza y lo miró, maravillada de que pudiera saber exactamente lo que estaba pensando.

—Pensaba que realmente soy una persona pasada de moda —afirmó, con la garganta tan seca como si hubiera comido un balde de arena—. Pero empiezo a pensar que no soy tan conservadora.

—Winnie...

—No quiero casarme contigo. Si el matrimonio ha de perdurar, debe estar basado en el amor, pero siento curiosidad por cosas aún desconocidas para mí —declaró con las manos apretadas, como para darse valor—. Me gustaría que tú... —Winnie aspiró una bocanada de aire, mientras intentaba elegir las palabras adecuadas—. Si tú pudieras enseñarme esas cosas, enseñarme qué hacer.

—Lo haces parecer como si fueran altos estudios científicos.

—Y lo es, si uno lo ignora todo.

—Bueno, no creo que debas preocuparte. Eres una mujer normal —sus labios se curvaron, pero la sonrisa no llegó a sus ojos—. Será más fácil de lo que piensas.

A ella le encantaba que la mirara de ese modo Con una mirada seria, pero cálida.

—Eso fue lo que dijiste respecto al beso —comentó, casi sin aliento.

—¿Y me equivoqué?

De pronto, Winnie supo lo que quería hacer. Quitarse la ropa. Desnudarse. Nunca había hecho algo tan atrevido, pero ese era el instante apropiado, esa era la noche. Si no se arriesgaba, nunca lo haría.

—¿Quieres nadar? —preguntó, un poco ruborizada. . — ¿Te refieres a buscar los bañadores e ir a la piscina?

—No —el rubor aumentó, al tiempo que pensaba que haría cualquier cosa para que la besara cuanto antes—. Hagámoslo aquí —Winnie tragó saliva—. Desnudos.

Morgan tomó un puñado de arena y lo apretó en el puño. No estaba seguro que bañarse desnudo era lo que necesitaba en ese momento.

Winnie realmente afectaba sus sentidos. Podía sentirla, olerla, incluso saborearla. Toda la velada había luchado contra el deseo. La cena había sido una lección de disciplina.

Una cosa era ocultar los efectos del deseo sentado ante una mesa y otra desnudo en la playa.

—Vamos, Morgan —suplicó. Las olas explotaban no lejos de sus pies y el rocío salado llegaba hasta sus cuerpos—. Ven a nadar conmigo.

El buscó sus ojos. Parecía tan ansiosa, los ojos muy grandes y los

labios entreabiertos, con una expresión completamente entregada e indefensa. El amaba esa naturalidad tan espontánea.

A las mujeres hermosas siempre les interesaba proteger su poder, su posición, como fuera. Annika nunca bajaba la guardia. Hannah evitaba el compromiso. Birget fingía una timidez que no tenía. Pero Winnie no hacía nada de eso y Morgan pensó que era tan hermosa como las otras, si no más.

Morgan echó una mirada a la casa de una sola planta con el tejado a dos aguas. Parecía una misteriosa linterna japonesa en una colina. Había una hilera de antorchas a ambos lados del camino que conducía desde la playa hasta la vivienda. En ese instante, las lenguas amarillas de las llamas bailaban en la brisa nocturna. Era una cálida noche, suficientemente cálida como para bañarse en el mar

Morgan abrió la mano y la arena se deslizó entre los dedos.

—¿Realmente lo deseas?

—Sí —murmuró ella, con voz temblorosa.

—De acuerdo, pero tú vas primero.

Capítulo 9

YO PRIMERO? —Winnie se puso en pie con las piernas ligeramente separadas. Tenía las manos en las caderas y los hombros desnudos. Al pensar en el beso anterior y cómo ella se había sentido entre sus brazos, Morgan volvió a excitarse.

Sin decir una palabra, Winnie se quitó la falda y quedó solo con el top beige y las braguitas del mismo color.

Sus piernas sorprendentes eran suaves de piel sedosa.

Winnie miró hacia el agua por encima del hombro.

—Nunca antes he hecho esto —dijo débilmente.

Winnie, su Winnie lo estaba enloqueciendo.

—Lo haces muy bien.

Con los labios curvados en una suave sonrisa, la joven se quitó el top. No llevaba sujetador. Morgan vislumbró los pechos llenos y firmes a la creciente luz de la luna.

La presión sanguínea comenzó a martillar en sus oídos, en las extremidades, en las ingles y Morgan experimentó una intensa ola de deseo, como si hubiera vuelto a sus dieciséis años.

El cuerpo de la joven era sensual. Como debía ser el cuerpo de una mujer. Los pechos llenos, las caderas y muslos bien formados.

Esa era Winnie. La mujer con quien había trabajado siete meses y medio. Y nunca había notado cuan sexy, seductora y sensual era su secretaria.

—¿Vienes conmigo? —preguntó ella, titubeante.

—Sí —Morgan empezó a desabotonarse la camisa blanca de algodón con torpeza, todavía arrebatado por la visión de la figura femenina.

—Yo te ayudaré —Winnie se arrodilló junto a él al ver que tenía dificultad con el último botón.

El contempló sus pechos, tan cerca de su cara.

Cielos, sí que la deseaba. Quería tocarla, saborearla, descubrirla.

Hacía años que no sentía esa especie de hambre. Quería apoyar la palma de la mano en sus pechos y luego besarlos. Quería deslizar la mano sobre la piel satinada entre sus piernas y hacer que lo deseara tanto como él a ella.

—Ya está. Ahora podremos ir a nadar —exclamó victoriosa, al tiempo que se ponía en pie.

La luz lechosa de la luna la bañó de pies a cabeza. Sus cabellos brillaron y la piel se tomó luminosa.

Morgan se quitó la camisa y los bermudas color caqui al tiempo que advertía la mirada de Winnie en sus calzoncillos blancos. No

había forma de poder ocultar su excitación.

—Ahora me toca a mí tomar la iniciativa —dijo, con la voz enronquecida mientras se preguntaba cuándo y cómo se había operado el cambio en él,

Había elegido a Winnie porque pensó que tendrían una relación sencilla, nada complicada; pero lo que experimentaba en ese momento estaba muy lejos de ser sencillo.

La quería, la deseaba, le importaba.

Morgan tragó saliva. Todo era diferente. Todo estaba cambiando.

Mientras él se desnudaba, ella hacía lo propio con las braguitas.

Morgan gimió al ver la maravillosa curva de sus pechos y las nalgas perfectamente modeladas. Nunca había visto nada igual. En sus veinte años de actividad sexual nunca se había sentido tan excitado, como para llegar a sentir dolor.

Morgan se precipitó hacia el mar. Luego se sumergió y nadó bajo la superficie con fuertes brazadas y enérgicos pataleos para quemar energías.

Tras unos minutos nadó hacia la playa. A mitad de camino se encontró con Winnie que se acercaba pisoteando con fuerza en el agua, con los cabellos mojados y pegados a la espalda.

—El agua está más tibia de lo que esperaba. Está estupenda.

Morgan flotó junto a ella.

—Hace tres años y medio que poseo esta isla y nunca antes había hecho esto.

Winnie se arrodilló en el agua.

—¿Por qué no?

—No lo sé —dijo, mirando su rostro que la luz de la luna hacía parecer más pálido—. Tal vez porque nunca me pareció apropiado.

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa.

—¿Y ahora sí?

En ese instante todo era apropiado para él. Durante muchos años de su vida había experimentado la soledad, un claro aislamiento; sin embargo, de alguna manera nunca se sentía solo junto a Winnie. Había algo en ella que hacía que todo tuviera sentido para él. Aunque eso no fuera racional o lógico. Era simplemente una reacción visceral, del corazón. Puro instinto.

Y su instinto nunca se equivocaba.

Sacó un brazo fuera del agua y le acarició suave mente la mejilla.

—¿Es posible que te haya estado esperando?

Ella lo miraba a los ojos.

—Morgan —susurró. Los ojos de Winnie se habían tornado muy verdes, muy intensos—. Morgan. Háblame —susurró, al tiempo que tímidamente su mano le acariciaba un muslo.

Con un gemido, Morgan la tomó de un brazo y la acercó hacia él

mientras el agua remolineaba entre sus cuerpos.

Con una pierna rodeó la pierna de ella, sus manos le rodearon la cintura y la ciñó a su cuerpo. Los pechos de la joven se aplastaron contra su torso. Quería penetrar en ella, necesitaba su boca, su cuerpo, todo.

—Morgan —gimió Winnie, al sentir que los dedos de Morgan acariciaban uno de los pezones.

—Eres hermosa, Winnie. Eres la mujer más hermosa que he conocido.

Con los ojos llenos de lágrimas, ella presiono las manos en los hombros masculinos.

—No digas eso. No tienes que decirlo.

—Es cierto.

—Annika...

—No puede compararse contigo —murmuró, mientras que con la palma de la mano recorría un pecho de la joven hasta la clavícula. De pronto, no pudo soportar más y su boca se apoderó de la de Winnie.

Estaba fresca y ardiente, con un sabor dulce y salado a la vez. Bajo la intensa presión de las caderas masculinas, las manos de la joven acariciaron los hombros, el pecho, la espalda de Morgan.

Empujado por el placer que le producían las caricias de Winnie se aproximó a la orilla y ambos se tendieron en la arena mojada, semi cubiertos por el agua.

—Morgan, no sé nada de esto —susurró ella al sentir que los dedos de Morgan acariciaban la suavidad, como pétalos de una sensible flor, sus piernas.

—¿No te gusta?

« ¿Gustar?» pensó Winnie con la cara contra el hombro húmedo de Morgan, presa de una salvaje sensación, como si sus nervios quisieran gritar de placer. El le hacía sentir un deseo desesperado. Quería más y más.

—Creo que me gusta demasiado —gimió, con los labios apretados contra el cuello masculino, cálido y fragante.

Morgan la acariciaba de una manera que le impedía pensar, que le aceleraba la respiración.

El toque de los dedos se volvió más íntimo. Los muslos de Winnie se tensaron al tiempo que abrazaba los hombros de Morgan y le besaba la garganta. Ella había imaginado una relación sexual, pero nunca alga tan seductor como eso.

Los dedos que la palpaban y acariciaban lenta y profundamente le hacían desear más y el placer era tan intenso que se sintió al borde del llanto.

—La playa —jadeó, con las caderas prácticamente selladas contra él—. Vamos... a... la playa.

El tomó en brazos a una Winnie ya totalmente desinhibida. Le parecía natural estar desnuda, excitada y anhelante.

En la playa descubrieron un edredón, toallas y dos albornoces. Las ropas desparramadas habían sido discretamente retiradas.

Morgan movió la cabeza de un lado a otro.

—El señor Foley —murmuró.

—Es muy atento —comentó Winnie, con una leve sonrisa a la vez que luchaba por evitar una risita nerviosa.

—Otra muestra de que mi mayordomo te aprecia —dijo Morgan mientras la tendía sobre el edredón—. Siempre está atento a los detalles.

La tela era cálida, la arena suave e invitante. Winnie se sentía cómoda e invadida por una deliciosa languidez.

—Creo que la palabra apreciar es un tanto exagerada.

Él se arrodillo junto a ella

—Estaba muy preocupado cuando regresé de la boda sin ti.

Ella iba a responder cuando sintió que la mano volvía al fuego de su interior. Cerró los ojos, aspiró el aire sin dejar de pensar que era una hedonista porque nunca en su vida había sentido algo tan placentero y no era capaz de imaginar algo mejor.

Morgan se inclinó sobre ella y, antes de poder comprender lo que intentaba hacer, sintió que la boca reemplazaba a la mano y muy pronto notó que su cuerpo respondía rítmicamente a las caricias, con las piernas temblorosas. El ritmo pronto creó una tensión compuesta de sensaciones que se superponían unas a otras.

—Espera —jadeó ella—. Quiero que estés conmigo.

—Estoy contigo.

—Pero quiero que mi primera vez sea contigo.

—Puede que sea doloroso para una mujer que...

—No me importa —dijo mientras acariciaba la piel suave de la espalda de Morgan—. Quiero sentirte dentro de mí, si tú lo quieres.

Entonces Morgan se tendió sobre el cuerpo femenino y enlazó sus manos con las de ella.

Al sentirlo en su interior, la joven suspiró.

—¿Estas bien?

Ella no pudo evitar una sonrisa. Se sentía perfecta, fantástica.

—Sí, sí.

—No quiero hacerte daño.

—No me haces daño, te siento maravillosamente bien. Además, estaba preparada para ti.

Ella lo sintió sonreír contra su cuello, luego la besó en la zona más sensible detrás de la oreja.

—Tengo que darte la razón en eso.

Lo que siguió a continuación fue algo más allá del tiempo, de las

definiciones, de las palabras. El estaba con ella, tan enteramente con ella que sus cuerpos se convirtieron en uno solo. Él la tocaba y se movía con ella como si se hubieran integrado en el aire, en la tierra, en el cielo.

«Hermosa, me siento real y verdaderamente hermosa», pensó Winnie.

La joven se rindió a él y a la certeza de que estar juntos era lo que debía ser. Se rindió a la tibieza, a la caricia, al exquisito placer. Era conmovedor sentir esa unión total, que también era una curación. La ardiente energía era intensa, formidable. Formidable sentirse abrazada, acariciada, amada.

Amada.

Morgan rodó sobre sus espaldas y la tendió sobre él.

—No dejes de moverte. Te gustará —susurró.

Así también estaban juntos, nada era distinto, y mientras ella mantenía el mismo ritmo, de pronto percibió un fogonazo de luz en los ojos cerrados. Un ardiente sol líquido, un sol de verano, un sol rojo y ardiente y a Morgan que la sostenía con fuerza entre sus brazos mientras el ritmo de los cuerpos aumentaba cada vez más.

—Morgan —murmuró ahogada. Incapaz de contenerse un segundo más, con un grito se lanzó al sol.

Ondas de calor, ardientes ondas de luz y placer atravesaron su cuerpo estremecido de pies a cabeza.

—No puedo controlarme más —dijo él, con la voz enronquecida, al tiempo que se separaba de ella.

—Entonces no lo hagas, no tenías que haberte retirado.

El se apoyó en un codo y bajó la vista hacia ella.

Con una expresión suave y preocupada le despejó un mechón y la besó en la frente.

—No sabes cómo lo deseaba, pero no sería justo. No quiero atraparte en el matrimonio.

Ella lo miró al fondo de los ojos mientras le acariciaba la espalda.

—¿Has cambiado de opinión respecto a casarte conmigo?

Él volvió a tenderla sobre su cuerpo y luego recorrió su espalda con una mano.

—En absoluto, mi amor, pero creo que primero necesitas vivir un poco.

Los labios de Morgan empezaban a hacer estragos en su piel. Sus manos trazaban la forma de la columna. El cuerpo de Winnie volvía a estremecerse. ¿Cómo podía hacerle desear todavía más?

—¿Vivir un poco más? —gimió al sentir la boca de Morgan en uno de los pezones. El ardor húmedo de su boca, el movimiento de la punta de la lengua volvía a enloquecerla de deseo. Le dolían las zonas más sensibles y eróticas del cuerpo. Moriría si no volvía a sentirlo en

ella.

—Vivir —susurró él. Su aliento refrescaba sus pechos ardientes—. Experimentar. Hacer todo lo que siempre has soñado.

—Pienso… yo creo… —murmuró mientras él la tendía de espaldas y la cubría con su cuerpo.

Morgan le despejó la frente y luego la recorrió suavemente con la mano, con una caricia ligera, atormentadora.

—Pienso que… —Winnie exhaló estremecida al sentir que volvía a penetrarla—, ya lo estoy haciendo. Y así era, pensó al sentir que llenaba su cuerpo y su corazón. Era la experiencia más hermosa que había vivido hasta entonces. Hacer el amor con Morgan era una realidad, mucho más placentera que cualquier cosa que jamás pudiera haber imaginado.

Capítulo 10

MÁS TARDE, cada uno se puso un albornoz y volvieron a la casa.

Era bastante pasada la medianoche. Las antorchas que flanqueaban el camino estaban casi apagadas. Winnie trastabilló en la penumbra del sendero de entrada y Morgan la sujetó de un codo. Luego la guió por las gradas de piedra que conducían desde la terraza inferior a la casa.

Ella le agradeció con una sonrisa tan expresiva que las palabras no fueron necesarias. Después de todo lo sucedido entre ellos, hablar era una redundancia. Había sido la velada más asombrosa, más perfecta de su vida.

Sabía que podría no volver a vivir una noche como aquella nuevamente, que la intensidad, la química y la pasión que había sentido solo podría experimentarlas con él.

Winnie no necesitaba que le dijeran que no todas las personas conectaban de esa manera. No necesitaba otras experiencias con hombres distintos para reconocer que lo que había sentido y encontrado era un logro destinado a pocas personas. De alguna manera había sido bendecida por la fortuna de ser una de ellas.

La casa estaba en silencio, tenuemente iluminada. Suaves focos alumbraban alguna obra de arte o una gran escultura de bronce. Pero las luces eran innecesarias, gracias a la luz de la luna que entraba a raudales por las ventanas abiertas. La casa parecía una prolongación de la cálida noche y Winnie contuvo la respiración por un instante, al tiempo que se decía que debía recordar ese momento, que no debía olvidar nada.

«Así debe de ser el Paraíso» pensó, estremecida de felicidad. Amada, acariciada. Sentirse tan extraordinariamente bien junto a otra persona.

Morgan la condujo directamente del comedor a la cocina.

—¿Tienes hambre?

Ella asintió con la cabeza.

—Y sed.

—Acerca uno de los taburetes.

Winnie se acomodó junto al mostrador. Definitivamente ya no era virgen. Gracias a Morgan sabía mucho más que el día anterior.

Tras buscar en el refrigerador, Morgan sacó fruta, queso y varias botellas de agua mineral.

Llevó todo al mostrador junto con una barra de pan, mantequilla y un cuchillo afilado.

Era como un picnic, sentados en la penumbra de la cocina.

Comieron pan y queso. Morgan cortó en silencio unas rebanadas de jugosos mangos y papayas.

Ella se alegró pues las palabras habrían destruido ese momento. A Winnie le encantaba el silencio, la quietud, ese cierto halo misterioso que reinaba en la casa.

Hasta esa noche no había vivido realmente. Siempre se había sentido simple, pesada y torpe; pero en los brazos de Morgan, apoyada en su pecho, se sintió una mujer encantadora, tanto en su interior como en el exterior.

Había dejado de ser una niña. Ya era una mujer.

Esa noche había experimentado el más significativo de todos los ritos de iniciación a la madurez.

Y no se trataba solo de sexo, pensó al saborear el zumo de un trozo de papaya, sino de la vida misma. Una cosa era amar a un hombre con el corazón y otra muy distinta amarlo con el alma.

Ella amaba profundamente a Morgan. Hacer el amor con él solo había profundizado su confianza y lealtad. Sin importar lo que sucediera el futuro, ella siempre sería parte de él, y él parte de ella.

Winnie bostezó, satisfecha en más de una forma, y aunque intentó ocultarlo, Morgas rió.

—Estás agotada —dijo mientras le tendía una servilleta de papel.

—Es cierto —respondió ella, limpiándose los dedos y la palma de la mano, pegajosos de zumo.

El la miró detenidamente un instante y luego se inclinó para besarla en la frente y luego en los labios.

—Gracias.

—¿Por qué me das las gracias? —Winnie apartó la servilleta usada.

—Porque… —los ojos de Morgan parecían casi negros en la penumbra. Winnie esperaba. El esbozó una leve sonrisa, la mirada ensombrecida por pensamientos que aún no compartía, historias y una en particular que mantenía sepultada en su interior—. Fue hermoso. Sentí que todo estaba bien.

Sí, todo estaba bien.

Winnie sintió que una cálida emoción la invadía. Los ojos la quemaban, y su emoción era muy diversa a otros tipos de felicidad. Era una felicidad perdurable, que siempre sentiría porque había vivido una velada perfecta junto a un amante perfecto.

—Te amo.

No había sido su intención decirlo; pero se le había escapado de la boca pese a su decisión de no hablar. Pero una vez dicho, no se arrepintió. ¿Cómo podría hacerlo? Era la verdad, y si no podía ser sincera con él en ese momento, ¿cuándo lo sería?

Morgan tomó su cara entre las manos, con los pulgares en la curva de las mejillas.

—Winnie, yo creo en ti —dijo, antes de besarla suavemente en la boca, durante un largo instante—. Y ha llegado la hora de que tú creas en ti misma —añadió, con los ojos puestos en los de ella.

Más tarde se desearon las buenas noches con un beso.

Una vez en su dormitorio, Winnie entró en el cuarto de baño y se dio una larga ducha caliente para desprenderse de la arena, la sal y el sudor.

Con el pelo recién lavado, se cepilló los dientes, se puso crema en la cara y luego se metió en la cama.

Pero su sueño fue muy irregular.

Al amanecer, se sentía exhausta, con el cuerpo dolorido.

Se levantó a las cinco y fue a sentarse a la terraza de su dormitorio. Durante media hora se dedicó a contemplar el mar y a escuchar el sonido de las olas.

¿Qué pasaría de ahí en adelante?

Sumida en sus reflexiones, contempló el amanecer y el juego de tonos cambiantes en el cielo.

Había sido una experiencia tan extraordinaria la del día anterior. La cena, la puesta de sol, el juego amoroso en el agua. Esas cosas no le pasaban a ella. Le sucedían a otras personas como sus hermanas, Annika, a la gente hermosa y sofisticada.

La noche anterior, Morgan había dicho que la encontraba hermosa, pero lo dijo al calor de la pasión. ¿La encontraría igualmente hermosa, sexy e irresistible de vuelta en Nueva York, cuando la vida retornara a la normalidad?

No quería responder esas preguntas, no quería pensar en el futuro.

Se levantó del asiento y entró en la habitación. Luego volvió a meterse en la cama y de inmediato cayó en un profundo sueño.

Eran pasadas las diez de la mañana cuando despertó, bastante más descansada. Vestida con un ligero vestido verde, Winnie recorrió la casa y luego salió a la galería. Al oír la voz de Morgan fue a su encuentro.

Mientras bajaba la escalera hacia la piscina, oyó retazos de la conversación que sostenía por teléfono.

—¿Cómo es que ya tiene problemas? —Morgan decía tajante.—. Ni siquiera estoy ahí. Ahora no debería sentirse estresada.

Winnie abrió la verja de hierro y luego la cerró tras ella. Mientras rodeaba una gran maceta de hibiscos, vio a Morgan con el móvil, paseándose alrededor de la piscina.

No llevaba nada más que unos pantalones cortos de algodón azul marino, y le brillaba la piel del torso. Winnie vio unas zapatillas deportivas junto a una de las tumbonas y se dio cuenta de que acababa de llegar de correr.

—¡No!—tronó—. No tengo nada que ver con eso ahora. Estoy de

vacaciones.

No se había dado cuenta de su presencia, observó Winnie. Era una llamada de negocios, probablemente de la oficina. Era lunes y la mayoría de la gente había vuelto al trabajo.

Morgan dejó escapar un juramento en voz baja y se pasó una mano por el pelo mojado.

—No me escuchas —interrumpió, cortante—. La única razón de haberla llamado era para asegurarme de no tener que preocuparme de ese asunto durante mi ausencia. Si no puede desempeñar su trabajo, despídela. No puedo permitirme esta clase de errores.

Eso no sonaba nada bien. Claramente alguien había hecho el tonto en la oficina y ella sabía mejor que nadie que Morgan no toleraba descuidos en el trabajo o errores por falta de concentración.

Al volverse, él notó su presencia. Su expresión ceñuda se disipó y le hizo una seña con la mano.

—Preocúpate de eso. Y hazlo hoy —concluyó cuando ella se acercaba. Sin despedirse, cortó la comunicación.

Winnie se acomodó en una de las tumbonas.

—¿Fue una buena carrera?

—Sí —Morgan se inclinó para besarla—. Aunque tengo que admitir que no estaba completamente en forma.

Winnie se sonrojó un poco, sin poder evitar una sonrisa.

—¿Qué te pasaba? ¿Demasiado ejercicio ayer?

—No demasiado, justo lo necesario —replicó, antes de acercarse a la ducha junto a la piscina y meterse bajo un chorro de agua fría.

Luego fue a buscar una toalla a la caseta de madera y regresó junto a ella. Mientras se secaba vigorosamente el pelo, Winnie no pudo dejar de admirar su cuerpo maravillosamente bien hecho.

Morgan se acomodó a su lado.

—¿No has desayunado todavía?

—No, pero no tengo mucha hambre.

—Bueno, pronto almorzaremos. Aquí en la isla la cocina siempre está abierta y siempre hay algo bueno para comer.

—Horarios de una isla. Eso me gusta —comentó ella, reclinada en la tumbona mientras miraba el cielo azul. Podía oír el gorjeo de los pájaros. El sol se reflejaba por doquier, con una luz dorada, casi blanca. La vida allí estaba muy lejos de las preocupaciones de Nueva York.

Lejos de los problemas de la oficina y de los billones de dólares que Morgan manejaba en Grady Investments. Lo que le recordó la conversación telefónica.

—¿Todo va bien en la oficina?

El se inclinó hacia adelante.

—Hay un par de problemas; pero nada que no se pueda remediar.

—Suena a un conflicto administrativo —insistió con cautela—. ¿Ha sucedido algo con algún colaborador?

—Al parecer tendré que despedir a una persona —dijo mientras se acomodaba la toalla alrededor del cuello.

Winnie mentalmente pasó lista a los administrativos que trabajaban para la empresa. La mayoría llevaba allí tres años o más.

—¿A quién?

—No te preocupes.

—Pero tal vez pueda ayudar. Cuando regrese puedo dedicar algún tiempo a ponerla al día. Es posible que le falte algo de práctica. Es lo primero que haré el próximo lunes.

Morgan se pasó la mano por el pelo.

—No es tan fácil. Ella es mi nueva secretaria.

El asombro inmovilizó a Winnie. Durante un largo instante no supo qué decir. Finalmente se sentó al borde de la tumbona como si se preparara para resistir una sacudida.

—¿Me has despedido?

—No te he despedido.

—Pero tienes una nueva secretaria.

El no respondió de inmediato. Luego dejó escapar el aire lentamente.

—Sí.

Ella sintió un aguijonazo de dolor.

—No puedo creer que me hayas reemplazado.

—Te ibas a casar conmigo.

—Pero no puedes destituirme. Yo tenía un trabajo. Y me gustaba. No puedes hacerlo sin antes discutirlo conmigo.

Morgan se levantó y dio unos cuantos pasos.

—Nos íbamos a casar, Winnie. Pensé que tendrías suficiente con la casa.

—¿Qué?—preguntó, levantándose de un salto—. ¿Planchar? ¿Cocinar? ¿Hacer la compra?

—No, el señor Foley se encarga de todo eso —replicó, impaciente.

—¡Exacto! Si nos hubiésemos casado, ¿qué habría hecho yo durante el día?

—No quiero seguir con esto —gruñó Morgan—. Quiero comer algo y tomar un café. Estoy de vacaciones. Horario insular. No quiero peleas aquí, ni tampoco reglamentos.

—¡No! —exclamó ella, con los ojos llameantes y un nudo en la garganta—. No puedes dar por concluida la conversación, ni desecharme de este modo. Me has quitado el empleo y a mí me encanta mi trabajo.

—No creo que te gustara mucho. Buscaste otro trabajo. Hace solo cinco semanas fuiste a Charleston a entrevistarte con el jefe de la

empresa Osborne.

Winnie sintió que le pesaba el estómago y parpadeó para impedir las lágrimas

—¿Cuándo llegó tu nueva secretaria?

—Winnie.

—¡Dímelo!

—Hoy.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Nosotros nos íbamos a ir a nuestra luna de miel.

Necesitaba a alguien en la oficina. No puedes estar en dos sitios a la vez.

Ella movió la cabeza de un lado otro, herida y furiosa.

—Bueno, entonces vuelvo a mi empleo.

—No te gustaba el trabajo —dijo mientras se aproximaba a ella—. Querías estar conmigo.

—Te equivocas.

El la tomó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—No me equivoco. Te conozco —dijo, con la voz enronquecida—. Es posible que disfrutaras con tu trabajo, pero más me amabas a mí.

Su boca cubrió la de Winnie en un violento beso interminable, al tiempo que enterraba los dedos en los cabellos de la joven. El explosivo contacto conmocionó a Winnie.

Nunca antes la había besado así, con rabia o agresividad. Pero más que atemorizarla, la caricia la excitó. Winnie respondió al beso de la misma manera, mientras ceñía su cuerpo al suyo y se alzaba en puntillas para enredar sus dedos en los cabellos de la nuca de Morgan.

—Morgan.

—¿Qué quieres? —preguntó, con la voz enronquecida mientras le acariciaba los pechos.

—A ti —gimió ella, estremecida de placer.

La breve pero intensa relación sexual fue diferente a la del día anterior, suave, tierna, hermosa.

Fue como si Morgan hubiera querido demostrarle cuánto lo deseaba ella, cuánto lo necesitaba y que era él quien mantenía fuertemente el control de la situación.

Durante los días siguientes se dedicaron a comer, jugar y amarse. Algunas mañanas salían a navegar, otras tardes practicaban submarinismo, pero inevitablemente acababan quitándose los bañadores y pasaban largas horas inmersos en un mundo muy privado de caricias y de placer.

Con el paso de los días, Winnie aprendió a conocer el cuerpo de Morgan y sus zonas sensiblemente eróticas. Aprendió a utilizar las manos, la boca y diferentes posiciones del cuerpo. Y todo era natural con él, nada era impropio.

A mediados de semana, Winnie se trasladó a la habitación de Morgan porque él alegaba que no podía soportar ir a verla y no encontrarla en su dormitorio o despertarla con frecuencia cuando todavía era de noche y faltaban horas para el amanecer, hambriento de su calor, de su suavidad, de su piel.

Un atardecer, arrebujada junto a el, sus cuerpos sudorosos después de hacer el amor, Winnie se obligó a retomar la irritante conversación del lunes anterior.

—¿Qué va a suceder cuándo volvamos a casa? ¿Qué se supone que voy a hacer si estoy sin trabajo?

Los dedos de Morgan acariciaron su cadera.

—Ven a vivir conmigo.

Ella alzó la cabeza, con el ceño fruncido.

—No entiendo.

El se encogió de hombros.

—Quiero que vivamos juntos. Que estés conmigo. Yo me haré cargo de todos los gastos.

Por alguna razón, interpretó la tranquilidad de Morgan como indiferencia. ¿Es que no comprendía que el trabajo era importante para ella? ¿Que se sentía respetable frente a sí misma por el hecho de ganarse la vida con su trabajo? ¿Que gran parte de su autoestima provenía del hecho de desempeñar un quehacer importante?

Winnie se apartó de él y se sentó al borde del lecho.

—Me gusta mucho dormir contigo, Morgan, pero eso no es un trabajo a tiempo completo.

Con las manos bajo la nuca, él desvió la vista hacia ella.

—Transformemos el amor en un trabajo a tiempo completo.

—Hablo en serio.

La expresión de Morgan se endureció.

—Sabes que cuando te propuse matrimonio estaba cansado de llevar una vida de soltero. Me enferma vivir solo. Me gusta estar contigo, dormir contigo, despertar a tu lado. Esto es lo que me importa. Vente conmigo. Hagamos de esto una relación permanente.

Estremecida, y más que confusa Winnie respiró con dificultad. ¿Era esa su manera de decirle que la amaba?

—No estamos casados, Morgan.

—No es necesario que nos casemos para vivir juntos.

—Pero tú no me amas.

—Winnie, no creo que alguna vez seré capaz de amar a alguien…

—Amaste a Charlotte —interrumpió ella, con brusquedad.

—Él dejó escapar un juramento. Estaba realmente enfadado.

—Y aprendí la lección. Nunca más volveré a enamorarme.

Capítulo 11

EL AMABA a Charlotte, no la amaba a ella. Winnie no podía quitarse aquellas palabras de la cabeza y nada fue lo mismo después de eso.

Se quedaron tres días más en la isla y, aunque en la superficie la relación continuó como siempre, se estableció entre ellos un mar de fondo no carente de tensión, una fricción que antes no existía.

¿Era solo sexo lo que los unía? ¿Alguna vez Morgan llegaría a amarla? Y si solo era sexo, ¿no era inevitable que se cansara de ella?

La última tarde en St. Jermaine's, Morgan salió a navegar solo y Winnie se quedó en la terraza contemplando el cielo y el horizonte, atenta a la inminente puesta de sol.

Con el corazón apesadumbrado, contempló la caída del astro en medio del océano y luego su rastro en el cielo, violentas llamaradas en tonos naranja y dorado que se reflejaban en las aguas.

Adiós, paraíso. Había que volver a casa.

Llegaron a Nueva York el domingo, avanzada la tarde.

En el aeropuerto esperaban dos vehículos. Una limusina para Winnie y otra para Morgan y el señor Foley.

«Así que se acabó. Sin más», pensó Winnie. Una semana de fabuloso sexo y luego se mete a la chica en un coche y se la despacha a su casa.

No hubo ninguna palabra de amor en la despedida. Ninguna promesa de seguridad, de futuro entre ellos.

«Oh, Winnie», pensó con los ojos cerrados mientras el vehículo cruzaba los puentes de la ciudad. «No se puede reemplazar el sexo por el amor. Eres solo una romántica».

El chófer estacionó frente a un edificio de apartamentos en la zona del West Side y llevó la maleta hasta la puerta principal.

—Ahora puedo arreglármelas sola.

—El señor Grady dijo que la acompañara hasta su apartamento.

Los ojos de Winnie se llenaron de lágrimas. ¡Si solo el señor Grady le hubiera dicho algo al separarse! Pero no dijo una sola palabra.

Winnie parpadeó con fuerza para evitar el llanto.

—Dígale al señor Grady que me negué a dejarlo entrar.

No había portero en el edificio. Winnie cruzó el vestíbulo, fue a su buzón y recogió la correspondencia acumulada durante una semana. Luego tomó el ascensor que la condujo a su apartamento, en la un décima planta.

La larga alfombra verde amortiguó el sonido de sus pasos hacia su apartamento, que se encontraba en una esquina al final del corredor.

Cada paso la alejaba más y más de Morgan. Al llegar, las lágrimas bañaban sus mejillas.

Winnie sacó la llave y se apoyó en la puerta para abrir el cerrojo. Pero el peso de su cuerpo la abrió de golpe.

El apartamento estaba abierto. Alguien había estado allí.

Winnie se obligó a entrar en el recibidor. Al encender la luz, el corazón se le derrumbó.

Habían desvalijado su casa.

Habían volcado los muebles, la ropa aparecía hecha jirones, los cristales rotos brillaban en el suelo.

Aterrorizada, Winnie recogió las cartas y la maleta y retrocedió hacia el ascensor.

Una vez en el vestíbulo del edificio, llamó al administrador que se encargó de avisar a la policía.

Winnie se quedó sentada allí hasta que llegaron los agentes, media hora más tarde. No parecía que el asunto les interesara mucho.

—Esto es Nueva York, no podemos atender todos los casos de allanamiento como si se tratara de un homicidio —explicaron antes de subir al piso de Winnie.

—¿Y si el intruso se encuentra allí todavía?

—Muy improbable, pero haremos una inspección a fondo y le daremos cuenta de los resultados.

La joven pasó otra media hora en el vestíbulo. Finalmente uno de los agentes bajó a tomarle declaración.

Más tarde, Winnie subió a inspeccionar los daños.

Sintió una fuerte conmoción al contemplar la pequeña sala de estar.

Casi todo había sido volcado, vaciado o roto.

No podía comprenderlo. No tenía dinero, ni joyas, ni obras de arte; nada de valor. Sin embargo, virtualmente habían destruido la casa.

La policía había dejado una copia del informe y un número de teléfono para que, eventualmente, Winnie pudiera informarse sobre su «caso».

Tras recorrer el piso, la joven concluyó que quienquiera que hubiera sido el autor, había hecho un trabajo minucioso.

Las almohadas estaban rasgadas, el colchón volcado. Toda la ropa del armario esparcida por el suelo.

¿Con qué fin? ¿Era realmente necesario destripar el sofá y sus cojines? ¿El intruso realmente pensaba que ella escondía una tiara de diamantes en uno de ellos?

—¿Qué demonios ha sucedido? —tronó la voz de Morgan en el apartamento.

La joven dio un salto.

—Yo…

—¿Por qué no me llamaste? —inquirió mientras se quitaba la chaqueta y la arrojaba en el respaldo del destripado sofá sin cojines.

El corazón de Winnie empezó a martillearle en el pecho.

—No pensé que te importara —murmuró, desvalida.

Morgan lanzó un juramento capaz de hacer enrojecer hasta a un marinero.

—¿Qué intentas decir con eso? Acabo de pasar la última semana demostrándote que me importas. Si eso no te dice nada...

—¿Decirme algo? —replicó, acalorada—. Tú nunca dices nada. Te limitas a hacer el amor y a dormirte.

—Pero eso debería decirte algo. Nunca hago el amor con alguien que no me gusta.

—Yo no quiero gustar. Yo quiero que me amen.

—Por amor al cielo, mujer; gustar, amar, ¿cuál es la diferencia? Yo te quiero. Te pedí que vivieras conmigo. Te dije que quería ocuparme de ti. Pero no, eso no era suficientemente bueno para ti.

—Sí, me lo pediste con la intención de convertirme en tu amante.

—Pensé que podría gustarte la idea.

—¿Ser tu querida?

—Bueno, tú no quisiste ser mi esposa —dijo furioso, con una mirada glacial—. Intento descubrir qué es lo que deseas, Winnie. Está claro que no quieres ser mi amante y tampoco casarte conmigo, así que, ¿qué demonios quieres dé mí?

Amor. Pero le había dicho que eso era lo único que no estaba dispuesto a dar.

Podía ofrecerle muchas cosas; darle un apellido, darle placer, pero no podía darle amor.

Winnie se mordió el labio, al borde del llanto.

—En todo caso, ¿qué haces aquí?

Con un bufido, Morgan se alejó de ella e intentó abrirse camino entre el amasijo de objetos rotos.

—He venido porque con toda seguridad no me ibas a llamar.

Winnie se sentó con lentitud. Nunca lo había visto tan furioso.

—¿Cómo supo mi administrador dónde localizarte? No sabía que te conociera.

Morgan dejó escapar otro juramento en voz baja antes de acercarse a ella y levantarla del asiento.

—Le pedí que se ocupara de ti. Le di dinero para que lo hiciera. Le estoy pagando desde enero, por si quieres saberlo.

—¿Enero?

El la aferró de los brazos y la atrajo hacia sí.

—Me preocupaba el vecindario y sabía que no tienes familia en este estado. Pensé que necesitabas que alguien se ocupara de ti. ¿De acuerdo?

La animosidad de Winnie se apagó al instante.

—De acuerdo.

No sabía qué pensar. Estaba cansada, hambrienta y muy agobiada.

—Y no vuelvas a darme un susto como este. ¿Entendido?

Winnie no pudo apartar la mirada y vislumbró un destello de dolor en los ojos azules.

—Pero no me han agredido, Morgan.

—No se trata de eso. Le dije a mi chófer que subiera al apartamento contigo. Le dije que primero lo revisara... —Morgan se interrumpió. Con los dientes apretados, se separó de ella—. No puedes quedarte aquí esta noche —añadió tras una pausa mientras consultaba el reloj. Era ya tarde—. Voy a llamar al señor Foley para que te prepare una habitación en mi casa.

«Una habitación de invitados. No su habitación», pensó Winnie.

—No hace falta, estaré bien aquí. Solo está desordenado. Voy a poner las cosas en orden y mañana todo estará en su lugar.

El la enfrentó, impaciente.

—¿No ves que han descerrajado la puerta? Habrá que llamar a un cerrajero. ¿Hay algo que no desees dejar aquí? Recoge todo lo que quieras porque quizá no habrá oportunidad de volver.

El señor Foley abrió la puerta del lujoso piso de Morgan, en la Quinta Avenida.

—¿Se encuentra bien, señorita Graham? —preguntó mientras se hacía cargo del bolso de viaje y de la correspondencia que ella llevaba en la mano.

—Creo que sí.

—Necesita un baño caliente y una cena en la cama —dijo, con firmeza—. Le he preparado algo delicioso. Sígame, por favor. La llevaré a su habitación.

Morgan observó que el señor Foley se hacía cargo de Winnie como si fuera la criatura más delicada y frágil de la tierra. De acuerdo, delicada sí era, concedió, pero malditamente testaruda también. Bueno, dejaría que el señor Foley la mimara. Se veía a las claras que le había robado el corazón, y la verdad era que a su mayordomo nunca le había gustado ninguna de sus novias anteriores.

Con el ceño fruncido, Morgan volvió a su estudio.

Horas atrás, acababa de abrir el buzón de voz y atender el correo electrónico cuando lo llamaron para informarle que Winnie tenía problemas.

Inclinado sobre la mesa, bajo la luz de halógeno, se dedicó a escuchar los mensajes acumulados durante esa semana de vacaciones.

Un mensaje de la familia, uno de un amigo, uno de negocios. De

pronto se detuvo, rígido. Era una voz del pasado.

—«Hola, Morgan. Soy Charlotte. Creo que deberíamos hablar; es necesario. Te he llamado varias veces, pero he marcado tu número y me he arrepentido. Siento lo de nuestra boda. Siempre me ha afligido, pero tal vez fue para mejor. No lo sé. Llámame en cuanto puedas, por favor».

Todavía conmocionado, Morgan escribió el número en una hoja del bloc de notas y luego borró el mensaje.

La siguiente llamada era de los padres de Winnie. No sabían nada de ella. Se encontraban de vacaciones en la montaña y dejaban un número de teléfono para que los llamara cuanto antes. Morgan también lo anotó.

Durante largo rato no se movió. Ella había llamado. Quería verlo.

Desvió la mirada, hacia la pared en sombras. Todavía podía oír su voz, imaginar su rostro. Una rubia belleza glacial. La impaciente e imperiosa Charlotte.

La había amado profundamente, demasiado. Durante años había esperado saber algo de ella; pero cuando finalmente había llamado, no estaba seguro de tener algo que decirle.

Bruscamente apagó la luz y se dirigió a su dormitorio.

Dos horas después, todavía estaba completamente despierto cuando sintió el leve crujido de la puerta al abrirse.

—¿Quién entró en mi casa? ¿Qué quería esa persona? —preguntó una tímida voz.

Morgan se sentó en la cama.

—No lo sé.

Ella estaba en la sombra, con el rostro semicubierto por la larga melena.

—El señor Foley dijo que podría haber sido alguien que quería saber algo sobre nosotros, sobre ti.

—Puede ser.

—La gente debería saber que no eres interesante, que prefieres los negocios al amor y al afecto, y que me propusiste matrimonio porque soy una persona confiable y eficaz —dijo con voz débil.

El no pudo evitar una sonrisa.

—Alguien debería decírselo a la prensa, y pienso que podrías ser tú. Sin embargo, son las tres de la mañana, así que volvamos a la cama e intentemos dormir.

—No puedo dormir. Estoy asustada.

El se levantó; cruzó la habitación, cerró la puerta tras ella y la condujo a su lecho.

—No hay razón para asustarse, al menos no en esta casa —dijo, acostándose a su lado—. Juntos dormimos mucho mejor. Así que cierra los ojos y duérmete —añadió mientras acomodaba la cabeza en

la almohada.

Pero Winnie se mantuvo despierta, con la mente acelerada. No podía olvidar el caos de su casa ni la indiferencia de la policía.

—Deja de pensar. Apaga la mente —susurró Morgan en la oscuridad, casi dormido.

En menos de un minuto ella escuchó su respiración lenta y acompasada.

Winnie se volvió a mirarlo. Incluso dormido era increíblemente apuesto.

—¿Quieres cerrar los ojos, Winnie, por favor?

—¿Cómo sabes que los tengo abiertos? —murmuró, al borde de la risa.

—Porque te conozco. Duérmete ya.

Cuando Winnie al fin cerró los ojos, se quedó profundamente dormida, arrebujada junto a Morgan.

Fatigado como estaba, Morgan no pudo conciliar el sueño. La joven dormía tranquilamente, como si él fuera su refugio, una fortaleza; y aunque no pudo explicárselo, se sintió en paz.

Era bueno que a uno lo quisieran, lo necesitaran. Tal vez algún día podría sentirse cómodo con la palabra amor.

Durante casi todo el resto de la noche, Morgan veló el sueño de Winnie. El deseo físico había dado paso a la ternura, a un instinto de protección.

Esa era su Winnie, pensó al besarle suavemente los cabellos. Sí, esa mujer le iba bien.

Justo antes de las cinco, Morgan se arrastró fuera de la cama. Luego se duchó con agua fría para terminar de despertarse. Pese al insomnio, se sentía muy bien.

Pero el bienestar no le duró mucho. La vuelta al trabajo fue peor de lo esperado.

A las once de la mañana, Morgan no podía con el teléfono ni con la ineficacia de su nueva secretaria ejecutiva. Tampoco podía con los correos electrónicos, la invasión de informes bursátiles, las imparables llamadas de los administradores de la cartera de acciones que le pedían consejo.

Finalmente, marcó el número de su casa. Le dijo al señor Foley que quería hablar con Winnie.

—Te enviaré el coche, Winnie. La oficina es un desastre. Te necesito aquí. ¿Puedes venir de inmediato?

Capítulo 12

ESTARÁS bien aquí en mi ausencia? —preguntó Morgan mientras se ponía la chaqueta y luego se ajustaba la corbata.

—Desde luego que sí —dijo Winnie desde su sitio junto a la mesa de Morgan.

Nunca había visto tal cantidad de informes bursátiles, hojas del correo electrónico, itinerarios de viajes y una colección de mensajes telefónicos, todo revuelto sobre la mesa. La nueva secretaria necesitaba con urgencia mejorar su sistema de archivo y Morgan necesitaba urgentemente una secretaria mejor.

—¿Dónde vas ahora? —preguntó, en tanto ordenaba un montón de papeles rosas con mensajes telefónicos.

—A un almuerzo de negocios. No sé cuánto voy a tardar, pero estaré de vuelta sobre las tres, a tiempo para las conferencias telefónicas —respondió, mientras recogía del suelo su cartera negra.

Cuando él se hubo marchado, Winnie continuó ordenando los mensajes antes de ponerlos en orden cronológico.

El tercer mensaje atrajo su atención: *Mensaje de Charlotte. Confirma el almuerzo. En el salón de té Russian a las trece horas.*

Winnie volvió a leer el mensaje. «No puede ser. No es la Charlotte de Morgan, no», se dijo.

Con mano temblorosa continuó con el resto de los mensajes. No quería desencadenar su imaginación, pero sintió miedo.

La única mujer que Morgan había amado era Charlotte. ¿Y si hubiera vuelto a su vida?

Muy nerviosa, pasó a la siguiente tarea. ¿Por qué Morgan iba a citar a una mujer al Russian para hablar de negocios?

El tradicional salón de té era famoso por su atmósfera íntima. Era un lugar romántico que atraía a los músicos, a los artistas, pero no a los hombres de negocios. Si hubiera tenido que reunirse con Charlotte se lo habría dicho. ¿O no?

Morgan se retrasaba. Finalmente, cuando oyó sus pasos en la oficina apenas pudo mirarlo. Nunca se retrasaba para las conferencias telefónicas, especialmente las que sostenía con el banco Shipley.

Winnie había agonizado durante su ausencia. A las dos y cuarenta y cinco todavía no había vuelto y ella empezó a inquietarse a causa de las conferencias. Había pensado llamarlo para preguntarle qué debía hacer, pero finalmente decidió retrasarlas una hora.

Y eso fue lo que le dijo cuando pudo sacar la voz.

Winnie se mordió los reproches, contuvo el miedo y se comportó como la eficiente secretaria ejecutiva que siempre había sido.

—Morgan he conseguido aplazar las conferencias una hora. La de las tres será a las cuatro.

Pero él no se lo agradeció. Se limitó a estirar la mano para recibir los mensajes antes de encerrarse en su despacho tras un portazo.

Winnie miró la puerta cerrada y luchó contra el resentimiento. No era justo que la tratara de ese modo. Era él quien la había llamado para que lo ayudara.

Se dijo que debía darle tiempo para calmarse. Luego la llamaría a su despacho y tal vez hablarían de lo sucedido en el almuerzo.

Pero no la llamó, ni abrió la puerta. A las tres cuarenta y cinco ella abrió la puerta, presa de ansiedad.

—¿Te encuentras bien?

Estaba sentado a la mesa, pero con la mirada fija en la ventana, no en el ordenador.

—Estoy bien —dijo, sin molestarse en mirarla.

Como en los viejos tiempos, cuando no la reconocía como persona.

Pero las cosas habían cambiado. Ella ya lo conocía. No era frío ni indiferente.

—¿Sucedió algo a la hora de almuerzo? —preguntó, con toda gentileza.

—No.

—Pero cuando te marchaste...

—Winnie, de veras que no deseo hablar —dijo mientras se volvía con los ojos cerrados—. No quiero ofenderte, pero me gustaría estar solo en este momento.

Winnie salió del despacho y cerró la puerta.

Entonces volvió a la mesa que habían puesto para su uso e intentó trabajar en las facturas de Morgan, pero fue incapaz de concentrarse en los papeles. ¿Qué había sucedido a la hora del almuerzo? ¿Qué pensaba Morgan en ese momento?

De improviso, sonó el intercomunicador.

—Winnie, sé que acabas de postergar las conferencias, pero necesito cancelarlas. Intenta programarlas para mañana. Gracias.

El aparato se apagó.

La secretaria nueva la miró.

—¿Quiere que lo haga yo, señorita Graham?

Winnie tragó saliva. Sabía muy bien lo que había costado postergar esas llamadas.

—No —dijo, luchando contra la frustración—. Déjame a mí.

Volvió a su mesa y apretó el botón del intercomunicador.

—Morgan, no fue nada fácil aplazar esas conferencias.

—¿Y?

—Y va a ser muy difícil conseguirlas si las vuelves a cancelar.

—¿Y tu punto de vista es?

—Mi punto de vista es que tal vez modifiques tu decisión. Tal vez quieras mantener esas conferencias después de todo, para evitarte contratiempos mañana.

—Ya veo —respondió. Se produjo una pausa en el aparato. Winnie pudo sentir la mirada de la secretaria fija en ella. El silencio era agobiante. Finalmente Morgan se aclaró la garganta—. Quiero que me recuerdes si te he ascendido últimamente.

Winnie sintió un vuelco en el estómago.

—No.

—¿Te he convertido en mi socio?

Verdaderamente era un pelmazo.

—No, señor.

—Entonces te ruego que no me des consejos profesionales.

El aparato se cortó.

La secretaria miraba a Winnie con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Todavía quiere encargarse usted, señorita Graham?

Winnie recogió su bolso, la chaqueta de verano y las llaves del cajón de la mesa.

—No. Encárgate tú de todo. Lo haces muy bien.

La joven paseó una hora por el Central Park antes de volver a la casa de Morgan.

No quería regresar allí, pero o tenía dónde ir. Esa misma mañana una empresa de mudanzas se había llevado todo lo que había en el apartamento de Winnie para dejarlo almacenado hasta que Morgan le encontrara algo mejor.

Ella no había querido un piso nuevo, ni que enviara a la empresa de mudanzas. Pero, como siempre, él había ganado la partida.

El señor Foley le abrió la puerta.

—El señor Grady ha estado llamando cada quince minutos. Pidió que se comunicara con él en cuanto llegara para confirmarle que se encontraba bien.

—Estoy bien.

—Bueno, entonces llámelo. Está ansioso por saber de usted. Ah, eso me recuerda que el señor Grady también mencionó que su madre había llamado. Sus padres están de vacaciones en un hotel y el número está en un bloc de notas en el estudio del señor Morgan.

Winnie encendió la luz de la mesa del estudio y descubrió la nota con el teléfono de su madre. Pero había dos números.

La joven marcó el primero.

—Margie Graham, por favor.

Al otro lado de la línea, la mujer vaciló un instante.

—Lo siento. Aquí no hay nadie con ese nombre.

—¿No se ha registrado ningún Graham?

—Esta es una residencia privada.

—Lo siento. Me he equivocado —dijo Winnie. Tendría que marcar el segundo número.

—¡Espere no cuelgue! Ese es el número de Morgan, ¿no es así?

De inmediato Winnie sintió que se le tensaban los músculos del cuello y de los hombros. No, eso no estaba bien. No quería saber nada más.

—No, no es…

—Pero en la pantalla de mi aparato aparece el nombre Morgan Grady. Usted está llamando desde su casa —replicó la voz femenina. Winnie no dijo una palabra. El estómago empezó a dolerle—. ¿Hablo con Winnie?

Lentamente, la joven tomó asiento ante la mesa de Morgan.

—¿Con quién hablo yo?

—Soy Charlotte. Soy una antigua amiga de Morgan. Nosotros fuimos… —explicó alegremente.

—Novios en la universidad. Ya lo sé.

—Sí —rió Charlotte, aunque su tono era tenso—. Morgan dejó su cartera en el restaurante. Dígale que se la llevaré más tarde.

—¿Aquí o a la oficina? —preguntó Winnie. Odiaba la opresión que sentía en el pecho, odiaba el pánico que se apoderaba de ella.

Morgan solo había amado a Charlotte y ella había vuelto a su vida. Era una amenaza.

—Da lo mismo —rió Charlotte antes de cortar la comunicación.

Winnie fue a su dormitorio y empezó a pasearse de arriba abajo, incapaz de tranquilizar su agitado corazón. Le faltaba el aire.

Odiaba esa horrible sensación de claustrofobia, odiaba el rumor en su cabeza, la descarga de adrenalina en las venas. Durante años y hasta el día de la boda no había vuelto a tener un ataque de pánico. Y desde entonces, había sufrido dos episodios en menos de diez días.

Y todo a causa de Morgan.

Todo porque había tonteado con él, incapaz de hacerlo bien, incapaz de lograr que la relación funcionara.

La calma de él contra el ardor de ella. La fría lógica de él contra la falta de lógica de ella. La sobriedad expresiva de él contra el imparable río de palabras de ella.

Durante los años de la escuela primaria, Winnie sufría constantes ataques de pánico. Le atemorizaba todo lo relacionado con el colegio. Temía hablar en clase, a causa de su torpeza, temía las clases de educación física. Los chicos se reían de ella, incluso el profesor. «Winnie no hace nada bien».

Entonces llamaron a la puerta de su dormitorio y dejó de pasear.

—Vengo a avisarle que me voy —dijo el señor Foley. Libraba los lunes por la noche y solía visitar a su hermana en Long Island. El

mayordomo notó la maleta junto a la puerta—. ¿Se marcha?
Winnie se sentía tan mal como cuando era niña.
—Voy a visitar a mi madre.
—Eso suena como a una ruptura —comentó. Winnie asintió, presa de los nervios. Los ojos castaños del señor Foley se estrecharon en una expresión inmensamente bondadosa—. El señor Grady es una persona muy reservada, muy celoso de su vida privada. Nunca ha traído a nadie a esta casa. Usted es la primera.
—No tenía otra alternativa. Descerrajaron la puerta de mi casa. No podía dejarme allí.
—Pero pudo haberla llevado a su ático, cerca de Wall Street. Allí es donde normalmente se divierte. Pero este es su hogar y la trajo aquí —el señor Foley hizo una pausa para permitirle asimilar la información—. No sé lo que ha dicho o dejado de decir, pero he trabajado muchos años para él. Una cosa que necesita saber es que para él las acciones valen más que las palabras —añadió, al tiempo que la miraba fijamente—. ¿Quiere que llame un taxi o prefiere esperar al señor Grady?
Con el corazón en un puño, ella miró a su alrededor. Era cierto que le había asignado la habitación de invitados, pero la había acogido en su cama. ¿La amaba o simplemente la necesitaba? Winnie no lo sabía, pero tenía que averiguarlo.
—Esperaré.
Morgan llegó con comida china. Se sentaron frente a frente, en ambos extremos del sofá. Winnie no se explicaba cómo había pedido todos los platos que le gustaban, pero se sentía incapaz de comer, ni siquiera de servirse de los palillos de madera.
—Te marchaste temprano —comentó Morgan mientras comía.
No habría romance con ese hombre, ni Día de San Valentín.
—¿Alguna vez piensas en Charlotte?
—Hablábamos del trabajo.
Ella apartó el plato.
—Preferiría que habláramos de nosotros.
—Charlotte no es «nosotros».
Winnie sabía que se internaba en aguas peligrosas, pero no podía evitarlo. Tenía que comprender, saber por qué podía amar a Charlotte y no a ella.
—Solo dime una cosa. Cuando le propusiste matrimonio, ¿qué sentías?
Morgan apretó los dientes. ¿Cómo pudo haber pensado que Winnie era una mujer razonable?
—Seguro que no quieres hacer esto.
—Sí, quiero.
—Winnie, no sé jugar a estos juegos. No sé inventar historias. Y

tampoco quiero herirte. ¿Por qué compararte con Charlotte? Es como comparar manzanas con naranjas.

Winnie alzó la barbilla, con los ojos brillantes de lágrimas.

—¿Yo soy la manzana o la naranja?

El ni siquiera intentó sonreír.

—¿Quieres la verdad? Bueno, ahí la tienes. Yo estuve muy enamorado de Charlotte. Ella fue mi primera novia de verdad, mi primer amor verdadero. Junto a ella todo era tormentoso, apasionado, intenso. Pensaba que pasaríamos juntos el resto de nuestras vidas.

—Entiendo.

Morgan respiró a fondo y apretó los dientes. No podía creer que estuviera hablando en voz alta, que pudiera llegar al fondo de ese profundo dolor. Ver a Charlotte durante el almuerzo ya había sido suficientemente duro. Tuvo oportunidad de volver a darse cuenta de lo poco que la había conocido, lo poco que había comprendido su mentalidad.

Ella nunca lo había amado, solo había amado la idea que tenía de él. Nunca lo había deseado a él sino al apellido y las relaciones sociales de los Grady. Incluso había enfermado cuando supo que lo habían adoptado a los quince años.

« ¿Qué clase de personas adoptan a un adolescente?», había preguntado. «Se adoptan bebés, niños pequeños, para poder criarlos. No se puede adoptar a un muchacho. ¿Y quiénes son tus padres verdaderos? ¿Qué clase de gente es capaz de ceder a un hijo de quince años?»

—Pensé que era amor, Winnie —dijo con frialdad, con las emociones encerradas en su interior, enterradas en un lugar inaccesible para él—. Pero no era amor. Era sexo.

—Como nosotros —murmuró ella, con los ojos empañados.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y la hizo desaparecer de un manotazo.

Estaba equivocada, pensó Morgan, sin energías para discutir. Hacía años que había aprendido que nadie puede dar felicidad a otra persona. La felicidad tenía que surgir desde el interior de cada cual, tenía que ser una elección personal.

—Nosotros disfrutamos sexualmente, pero también tenemos una buena amistad —dijo finalmente.

—Lo sé.

A Morgan le había complacido su encuentro con Charlotte porque pudo darse cuenta de que tal vez lo que más había amado en ella era su talante.

Adoraba su dicción de niña rica, los rubios y cortos cabellos, como los de un muchachito; la estrecha nariz recta que solía alzar desdeñosamente. Le había fascinado que ella, la hermosa, rica y regia

Charlotte, lo hubiera elegido a él.

Si miraba hacia atrás, tenía que reconocer que había sido tan egoísta como ella. Gracias a Dios, ella había anulado la boda. Le había hecho un gran favor a ambos.

Morgan respiró lentamente.

—Incluso si no funcionáramos sexualmente, vale la pena salvar la amistad. Tenemos mucho ante nosotros. Sería un idiota si tomara decisiones basándome en una definición muy estrecha del amor.

—Winnie no supo qué pensar. Ella era romántica. El pragmático. Ella suspiraba por los bombones, las flores, los violines y el vivía la desnuda realidad desprovista de todas esas cosas. Le encantaba la forma en que la tocaba, pero odiaba su visión del amor. ¿Cómo podría funcionar una relación así? ¿Cómo podrían llegar a algún acuerdo? ¿Podría hacerlo si no confiaba en él?

Winnie respiró a fondo.

—¿con quién almorzaste?

El alzó la vista hacia ella y sus ojos se estrecharon.

Se produjo un momento de silencio, muy denso, divisorio.

—Charlotte —dijo. Luego hizo una pausa—. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad? —añadió. Winnie se mantuvo en silencio—. Esta es la razón por la que no puedo mantenerte como mi secretaria. Hoy pasaron muchas cosas que no debieron haber sucedido. Recibo muchas llamadas, veo a mucha gente. Necesito tomar decisiones instantáneas sin tener que defenderme o dar explicaciones.

—¡Entonces no lo hagas!

Winnie finalmente comprendió por qué no podría continuar en la empresa. Morgan tenía su vida. Siempre había tenido su propia vida. Y hasta entonces ella no lo había sabido.

—No es un asunto de confianza, sino de energía y tiempo. Eres una gran secretaria ejecutiva. La mejor que he tenido...

—Lo entiendo. Gracias.

No necesitaba repetirse. Ella no era estúpida.

Los nervios de Winnie estaban crispados. Tenía que salir de allí. Tenía que darse un tiempo a sí misma, necesitaba que su cabeza volviera a su lugar.

—Hace poco dijiste que me habías dado tres meses de vacaciones pagadas. Bueno, creo que las tomaré para pasar un tiempo con mi familia.

El no dijo nada. Ella esperaba que no aprobara su idea, que le pidiera que se quedara con él.

En cambio, se limitó a alzar la vista con una mirada sorprendentemente desolada.

—¿Cuánto tiempo piensas estar fuera?

Su expresión era una cosa, pero ella necesitaba que le hablara.

Pero él no dijo nada más.

Winnie lo observó detenidamente, con profundo pesar. Quería desesperadamente estar con él, pero no sabía cómo hacerlo.

—No lo sé. Depende de lo que quiera hacer. Mi maleta ya está preparada. Me marcho esta noche.

La intensa mirada azul de Morgan se posó en sus ojos.

—Bueno, entonces será mejor que entregue esto ahora.

Acto seguido, sacó del bolsillo un pequeño llavero de oro con tres llaves relucientes.

—Las llaves de tu nueva casa. La he adquirido para ti. Pasé a recoger las llaves después de la media hora que estuve con Charlotte. Llegué tarde a la oficina porque tardaron mucho en entregarme los títulos de propiedad.

Capítulo 13

WINNIE sacó las provisiones de la bolsa en la cocina de su nuevo apartamento situado en un elegante edificio y en una tranquila calle bordeada de árboles.

Hacía una semana que había vuelto a la ciudad tras una ausencia de un mes. Había pasado la primera semana con sus padres, otra con su hermana Alexis y las dos restantes las había dedicado a viajar por su cuenta.

Pero no podía ausentarse para siempre. Vivía en Nueva York. Su vida estaba en la ciudad, aunque no la compartiera con Morgan Grady.

Winnie cortó los tallos de las dalias que había comprado y luego puso el ramo en un florero. Mientras arreglaba las flores, pensó que ya era la última semana de agosto. Eran las últimas horas de una tarde de domingo y el verano casi había acabado.

Era tiempo de empezar a buscar un empleo. Necesitaba hacer algo.

Algo más que vivir suspirando por Morgan.

Algún día encontraría a alguien, un absurdo y tonto sentimental como ella, y juntos serían muy felices.

Pero hasta entonces, un trabajo llenaría las horas vacías, pensó mientras ponía las flores en la mesa del comedor.

Luego, con las piernas cruzadas en el sofá, abrió el periódico para mirar la sección de Anuncios. En ese momento sonó el timbre.

Winnie acercó el ojo a la mirilla de la puerta. ¡Morgan! Iba vestido de esmoquin con una elegante camisa blanca y corbata negra.

Winnie abrió la puerta.

—Hola.

Estaba maravilloso. La joven se apoyó en el marco de la puerta sin dejar de contemplarlo. El esmoquin lo hacía parecer más alto, y los hombros más anchos. También pudo sentir la fragancia que despedía.

—Encontré tus gafas. Pensé que podrías necesitarlas —dijo. Winnie no se atrevió a tomarlas, temerosa de lo que sentiría si tocaba su mano —. Me gustaban tus gafas.

—Son horribles.

—Tenías el aspecto de una seria chica intelectual, muy inteligente. No es que las necesites para parecerlo. Eres una de las mujeres más inteligentes que he conocido.

Winnie sintió una punzada en el corazón.

—Gracias —dijo, con el pulso acelerado—. ¿A dónde vas?

—Al baile benéfico de la Faith Foundation.

—Creí que odiabas esas cosas.

El esbozó una especie de sonrisa de desaprobación hacia sí mismo.

—Así es. Pero soy uno de los patrocinadores y tengo que asistir todos los años.

—Bueno, tu aspecto es maravilloso, si eso te sirve de consuelo —comentó al tiempo que tomaba las gafas, evitando rozar sus dedos.

Sus miradas se encontraron y él no apartó los ojos.

—No es un consuelo si tengo que ir solo.

—¿Dónde es la fiesta?

—En uno de los salones del museo Metropolitano —informó, tocándole la mejilla con suavidad—. Acompáñame —murmuró. Ella no dijo ni sí ni no. Simplemente lo miraba—. Un momento —dijo Morgan mientras volvía la vista hacia el ascensor. Después de unos segundos, volvió con una elegante caja atada con una cinta dorada—. No quise que te excusaras alegando que no tenías qué ponerte.

—Morgan —murmuró la joven.

—Si vas a decir que no, quiero asegurarme de que lo dices por mí.

Ella desvió la mirada, con los dedos apretados en torno a la larga y estrecha caja. Winnie reconoció el nombre impreso en la tapa. Correspondía a una boutique muy cara que vendía diseños exclusivos importados de Francia e Italia.

—No puedo. No sería oportuno —dijo, con suavidad.

La prensa estaría allí. Volverían a escrutarla, sería objeto de las críticas de todo el mundo y no podría manejar la difícil situación de ser la última de la larga lista de amantes de Morgan Grady. Ella quería algo más.

—Ni siquiera te permites estudiar la posibilidad.

—No se trata de eso, se trata de que soy realista. Nosotros deseamos cosas diferentes, Morgan.

Los ojos azules buscaron los de ella.

—No tan diferentes como pudieras pensar. Ella no quiso hablar. La emoción que la embargaba podría impedirle decir algo atinado. Así que se limitó a negar con la cabeza al tiempo que, con mucha firmeza, ponía la caja en las manos de Morgan.

Con un juramento, Morgan tiró la caja al suelo de la sala y se marchó precipitadamente.

Winnie volvió al sofá, se arrebujó en un extremo, absolutamente enferma.

Enferma porque sabía que lo había dejado solo, que había tomado una decisión basada en el miedo y porque era una cobarde.

Lo había sido toda su vida.

Desde niña nunca había tenido confianza en sí misma. Sus ataques de pánico podían confirmarlo. En la universidad, nunca salió con un chico. Solo salía de su habitación para ir clase.

Su primera entrevista de trabajo fue bochornosa y, en lugar de

volver a intentarlo, abandonó la carrera que verdaderamente le gustaba.

Y en ese momento acababa de echar al hombre que verdaderamente quería.

Esa noche, Morgan había golpeado su puerta y ella lo había rechazado.

Se había negado a acompañarlo porque tenía miedo. Porque lo amaba profundamente y no era correspondida en la misma medida.

«Es hora de que empieces a madurar, Winnie. Deja de esperar que todo sea perfecto. ¡Ya tienes tu hermoso cuento de hadas!»

Winnie se inclinó para recoger la caja del suelo.

Tras abrirla, levantó la tapa y sacó una camisola de seda del color de los plátanos maduros y una preciosa falda larga de seda amarilla a juego con la camisola. La falda era recta, adornada con incrustaciones de pedrería en tonos dorado y púrpura.

Los ojos de Winnie se llenaron de lágrimas. El vestido le recordaba a un daiquiri de banana en una cálida playa besada por el sol. Morgan le había regalado un pedazo del Paraíso.

No, no podía llorar sobre la prenda y arruinar el vestido más hermoso que había tenido en su vida.

Tenía que ir esa noche. Tenía que demostrarle que estaba dispuesta a vivir una auténtica relación con él. Una relación basada en la amistad, sinceridad, admiración y confianza. Increíblemente aburrida en teoría, pero extraordinaria en la vida real.

Winnie fue a su dormitorio con la falda y la camisola de tirantes bordados con incrustaciones de abalorios. Frente al espejo se probó el vestido. Hermoso. ¿Cómo había sabido que era el vestido perfecto para ella?

Porque la conocía.

Acciones y no palabras.

Le había propuesto matrimonio. La había llevado a St. Jermaine's. La había amado todas las noches. Había pagado por su seguridad. Le había comprado una casa.

Por amor al cielo, ¿es que eso no era suficiente?

El discurso de Morgan fue breve. Unas pocas palabras positivas acerca de la necesidad de fomentar el programa de acogida familiar a los niños desamparados, y un breve pero sincero agradecimiento a las personas que habían acudido esa noche y que financiaban el programa.

Mientras abandonaba el estrado y estrechaba manos, no dejaba de mirar hacia la puerta de salida.

Odiaba ese tipo de eventos.

La gente que lo rodeaba prefería a las personas distinguidas, hermosas y ricas. Y en el fondo él no se sentía así. Se sentía un

millonario completamente solo.

Morgan se dijo que el esfuerzo llegaba a su fin, cerca de la puerta había un espacio libre. Estrecharía unas cuantas manos, fingiría ir a buscar una copa y entonces se escaparía hacia la limusina que lo esperaba en la calle.

Casi se encontraba cerca de las puertas giratorias del museo, cuando echó la última mirada alrededor. Entre la gente, elegantemente vestida de negro, de pronto vio un traje amarillo.

Ella le daba la espalda. Se había recogido el pelo y unos cuantos rizos le enmarcaban el rostro.

La pedrería púrpura de los tirantes de la camisola brillaba bajo las luces. Claro que era ella. El conocía ese color porque era el amarillo del atardecer, de la calidez y de la felicidad.

Morgan se quedó paralizado mientras la bebía con los ojos.

Winnie volvió la cabeza, estrechando los ojos mientras miraba a su alrededor, el labio inferior entre los dientes.

Lo buscaba.

Rápidamente, Morgan se abrió paso entre la gente que se agrupaba junto al bar, saludó con la mano a una persona que lo llamaba, evitó a un periodista que entrevistaba a alguien y fue tras de Winnie que se movía en dirección opuesta, hacia la salida, fuera del salón de baile.

Finalmente, le dio alcance junto al gran arco de piedra de la entrada. Estiró una mano y tocó el cálido hombro desnudo.

Una oleada de placer invadió a la joven al tiempo que se volvía.

—No podía encontrarte —dijo ella.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—Una media hora. No podía encontrarte y alguien me dijo que te había visto camino a la salida, que practicabas tu habitual despedida a lo Grady.

—Es verdad.

—Casi te perdí —dijo ella, con los ojos avellana oscurecidos de emoción—. Casi lo perdí todo...

—No has perdido nada.

Había tanta ternura en la voz de Morgan.

—Siento no haberte acompañado. Siento haber puesto todo tan difícil —murmuró mientras luchaba contra la intensidad de sus sentimientos.

—Estás aquí y eso es suficiente. Y estás... preciosa —dijo con orgullo, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

La delicada falda realzaba sus formas y caía en una cascada dorada hasta sus pies.

—Es el vestido —murmuró, muy satisfecha por el cumplido—. ¿Todavía quieres compañía esta noche?

El tono azul de los ojos se oscureció.

—Más que nunca.

Winnie despertó con el sonido de las olas. Movió los ojos de un lado a otro, sin saber dónde se encontraba.

Entonces volvió a oír el ruido de las olas que rompían en la arena y sintió la mano de Morgan en uno de sus pechos.

—No sabes cómo echaba de menos esto —murmuró él, con la voz enronquecida—. Cómo te echaba de menos.

Winnie se volvió hacia él. La noche anterior, cuando fueron a la cama, habían— dejado las ventanas abiertas y en ese momento la luz del sol y el aire en traban a raudales por la habitación.

Se habían marchado de Nueva York, el domingo por la mañana para pasar unos cuantos días robados en St. Jermaine's.

Winnie adoraba el contacto de su mano en el pecho, pero más que nada la cálida expresión que veía en sus ojos. Ella le importaba a Morgan.

—¿Así que me echaste de menos? —murmuró con una débil sonrisa.

—Muchísimo.

—Si traduzco el modo de hablar de Morgan, eso significa que me amas.

Morgan se acercó más a ella y la besó lentamente.

—Te amo, Winnie —murmuró. ¿Había dicho esas palabras o sus oídos la engañaban?—. Vamos a ver si puedes traducir esto. Te amo, Winnie Graham. ¿Quieres pasar el resto de tu vida a mi lado?

—Sí.

Morgan la miró con burlona sorpresa.

—¿Qué? ¿No hay discusión, ni preguntas acerca de mi sinceridad, ó cuál será tu papel en nuestra relación?

—No —parpadeó la joven, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. No tengo la menor duda. Tú me amas. Y eso es suficiente para mí. Es todo lo que necesito saber.

Avanzada la tarde, después de unas ardientes horas de amor y una gran comida servida por el atento señor Foley, fueron a tomar el sol a la playa.

Winnie estaba tendida en una gran toalla y sonreía al cielo. Había encontrado el Paraíso, pero había descubierto que no era una isla, o un concepto, ni un lugar. Ni siquiera era el hecho de estar con Morgan.

El Paraíso era sentirse bien consigo misma, no tener miedo de sí misma. De aceptar lo bueno y lo malo y aprender a aceptar a los demás.

—Hay un puesto vacante en la empresa —dijo Morgan desde su tumbona, apartando el periódico.

Winnie se protegió los ojos con la mano antes de mirarlo.

—¿Quieres que vuelva al trabajo?

—Creí que deseabas hacerlo.

—Echo de menos la oficina.

—Llama y pide una entrevista.

—¿Me vas a obligar a pasar por una entrevista?

—¿Crees que vas a obtener alguna ventaja por ser la chica del jefe?

—No soy tu chica, soy tu amante. ¿No lo recuerdas? Háblame acerca de ese puesto de trabajo.

Morgan le tendió una página de los Anuncios Laborales.

—Hemos mantenido el anuncio durante toda la se mana. No busques ahí, mira la columna de negocios. —dijo al ver que ella buscaba en la columna de secretarias administrativas.

—Necesitan un analista de recursos financieros, Morgan.

—Sí, el primer analista de mercado en casi cinco años. El primero desde que te marchaste de la entrevista hace cinco años —observó, con la mirada fija en sus ojos.

Durante un largo instante, Winnie fue incapaz de hablar.

—¿Cómo supiste que mantuve una entrevista para ese puesto?

—Los datos estaban en nuestro archivo. Lo descubrí cuando el señor Osborne llamó para pedir referencias sobre ti. Esperaba que me lo contaras algún día.

—¿Contarte qué? —dijo, alterada—. ¿Que sentí pánico en tu sala de conferencias y que hice el ridículo?

—Serías una gran analista, Winnie. Quiero que vayas a la entrevista.

Winnie miró hacia la casa con sus grandes macetas de hibiscos color rojo y rosa; las buganvillas púrpura y los altos cocoteros.

—Pensé que no querías que trabajara en tu oficina.

—Para ser tan inteligente, te equivocas por completo. Yo no quería que trabajaras para mí. Quiero que trabajes conmigo. Sé que la diferencia la marca una pequeña preposición, pero muy importante.

Epílogo

Un mes después

E L CUARTO de baño estaba lleno de vapor y de la fragancia de la loción de afeitar de Morgan. Ambos estaban junto a la encimera de mármol del lavabo y Winnie se puso de puntillas para alcanzar el tubo de pasta dentífrica. Morgan la empujó con una cadera.

—Oye, quédate en tu sitio.

—Estoy en mi sitio, lo que pasa el tubo de pasta está en el tuyo.

—¿Y cómo vino a parar aquí?

—Porque tú me lo quitaste —disparó, al tiempo que alcanzaba el tubo finalmente.

Cuando volvía a su sitio, vislumbró el abdomen de Morgan. Aún no se había abotonado la camisa del traje y ella fue incapaz de resistir la visión de los duros músculos del estómago.

Winnie le abrió la camisa y le besó el vientre y luego, con una sonrisa para sí, volvió a besarlo y acariciarlo con la punta de la lengua unos centímetros más abajo.

Morgan se estremeció al sentirla.

—Winnie, no tenemos tiempo.

A ella le encantaba acariciar su cuerpo y percibir su inmediata excitación.

Winnie se sintió malvada.

—Seguro que sí —susurró antes de volver a depositar un beso bastante más íntimo sobre el pantalón de corte italiano.

El le tomó la cabeza entre las manos. Sus dedos se enredaron en la melena de la joven.

—Me vuelves loco.

—¡Qué bien!

Con un juramento en voz baja, Morgan la acomodó al borde de la encimera.

Ella se estremeció, excitada.

—Vamos a llegar tarde —se burló, con el corazón acelerado.

Amaba la aventura de vivir junto a Morgan.

—Por tu culpa —dijo, al tiempo que le subía la breve falda y le acariciaba los muslos.

Winnie atrajo la cara de Morgan hacia la suya.

—Bésame.

—No pararé nunca.

—Tendrás que hacerlo. Es mi primer día de trabajo.

Los labios de Morgan se unieron a los de ella y una descarga de energía recorrió el cuerpo de la joven. Una sola caricia bastó para convencerla de que siempre sentiría la misma loca pasión por ese

hombre.

—Debiste haberlo pensado primero antes de entregarte a juegos peligrosos —replicó, mientras le acariciaba los pechos.

Ella suspiró de placer.

—Me van a despedir antes de dar una vuelta por la oficina.

El le besó la piel detrás de la oreja.

—Ya conoces la planta setenta y ocho del edificio de la Torre.

Winnie cerró los ojos y saboreó el contacto de la boca de Morgan sobre su piel.

—¿Pero qué pensarían en la empresa Grady Investments si la nueva analista de recursos financieros llega tarde el primer día? Todos dirían que me aprovecho de las relaciones especiales que mantengo con el jefe.

La boca de Morgan exploraba la zona más íntima de su cuerpo y Winnie se olvidó de deberes y responsabilidades.

Luego, él levantó la cabeza y miró el rostro sonrojado al tiempo que le abría el sujetador.

—A propósito de tu relación especial con el jefe, creo que es hora de cambiar nuestra condición.

—¿Tu lo crees? —preguntó, casi sin aliento.

—Sí. No quiero tener a todos los hombres alrededor de la analista más inteligente de la compañía.

—Por lo tanto, ¿qué propone el jefe?

—Que te cases conmigo.

Winnie se enderezó y luego miró al fondo de los ojos azules.

—¿Casarme contigo?

—A menos que sientas temor de comprometerte a largo plazo conmigo —observó, con la cara de ella entre las manos y una mirada muy seria.

—No, Morgan. Eres el amor de mi vida. Mi Príncipe Azul.

—¿Así que lo intentamos de nuevo?

Ella dejó escapar una risita y le enlazó el cuello con los brazos.

—¿Podemos evitar una boda fastuosa y limitarnos a una pequeña ceremonia en la isla y luego dedicarnos a disfrutar de la parte más feliz del evento?

Los increíbles ojos azules sonrieron, iluminados de amor.

—Para ser una princesa, sabes regatear muy bien. Por lo tanto, el trato queda cerrado —declaró, antes de besarla apasionadamente.

Felizmente para todos, Winnie se las arregló para llegar a tiempo el primer día de trabajo.

Fin.